Seix Barral

Tove Ditlevsen

Las caras

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Copenhague, 1968. Lise, escritora de libros para niños y madre casada de tres hijos, está cada vez más obsesionada por rostros y voces incorpóreos. Está convencida de que su marido, que le es infiel, la dejará. Sobre todo, tiene miedo de no volver a escribir nunca más. Sin embargo, a medida que desciende a un mundo de píldoras y hospitales, comienza a preguntarse si la locura es realmente algo que se debe temer o si trae una especie de libertad.

Tras convertirse en un fenómeno literario mundial con *Trilogía de Copenhague*, recuperamos una de las novelas fundamentales de Tove Ditlevsen, *Las caras*, una continuación lógica de los grandes temas de su literatura (los roles de madre y esposa, la lucha por convertirse en escritora, la infidelidad, la enfermedad mental o las adicciones) y una historia desgarradora que nace de su propia experiencia vital.

Las caras

Tove Ditlevsen

Traducción del danés por Blanca Ortiz Ostalé

1

A última hora de la tarde la cosa mejoraba un poco. Podía alisarla con cuidado y contemplarla con la esperanza de llegar a verla un día en su conjunto, como un tapiz de colores inacabado cuyo dibujo tal vez se adivinara al final. Las voces volvían a visitarla y, con algo de paciencia, lograba desenredarlas como hilos de un ovillo enmarañado. Podía pensar con calma en las palabras, sin miedo a que llegasen más antes del fin de la noche. En esa época, las noches a duras penas separaban los días unos de otros, y si con tu aliento abrías un hueco en la oscuridad como en un cristal helado, la mañana se te metía en los ojos con horas de antelación.

Todos dormían; todos menos Gert, que aún no había vuelto aunque casi era medianoche. Dormían con caras ausentes de placidez, y ya no tendrían que usarlas hasta por la mañana. Incluso podía ser que las hubieran dejado colocaditas sobre la ropa para darles un respiro; tampoco eran imprescindibles durante el sueño. De día se transformaban una y otra vez, como si se reflejaran en aguas inquietas. Ojos, nariz, boca, un triángulo tan sencillo, ¿cómo podía dar pie a infinitas variaciones? Llevaba ya mucho tiempo evitando salir porque la multitud de caras que poblaban las calles la amedrentaba. No se atrevía a hacerse con otras nuevas y la asustaba el reencuentro con las antiguas, que no encajaban en lo más mínimo con sus recuerdos. Allí habían acabado al lado de los muertos, de quienes se sentía a salvo de otra manera. Si te encontrabas con gente que no veías hacía años, sus caras eran distintas, extrañas, envejecidas, sin que nadie hubiese hecho nada por impedirlo. No las habías cuidado y habían ido resbalando de las manos protectoras que deberían haberlas mantenido a flote como a alguien que se está ahogando. Distraída con otros asuntos, no habías atendido a esa cara, que en el último momento se había

visto reemplazada por otra nueva, robada a un muerto o a alguien dormido, que en adelante tendría que apañárselas. Era demasiado grande o demasiado pequeña, y conservaba las huellas de una vida que no era la de su nuevo propietario. Aun así, una vez te acostumbrabas, llegabas a ver destellos de la cara original, como cuando se rasga el papel pintado y deja a la vista la capa inferior, fresca, bien conservada y repleta de recuerdos de los antiguos habitantes de la casa. Algunos, en cambio, por impaciencia o deseos de estar a la moda, se hacían con caras nuevas mucho antes de gastar las viejas, como cuando te compras ropa moderna aunque la que tienes está apenas sin usar. Muchas jovencitas hacían cosas así, y a veces hasta intercambiaban algunos rasgos con una amiga, y salían por la noche con unos ojos más grandes y más claros que los suyos o con narices más finas. La piel les tiraba un poco, sí, pero no era peor que ponerse unos zapatos que te aprietan porque te quedan pequeños. Resultaba muy evidente en los niños en edad de crecimiento, por supuesto. No podías clavar en ellos la mirada, que rebotaba vacía como un espejo que se ha contemplado mucho tiempo. Los niños llevaban la cara como si aún no les valiera y les restasen muchos años por crecer. Casi siempre les quedaba muy arriba y tenían que ponerse de puntillas y hacer tremendos esfuerzos para ver las imágenes del interior de los párpados. Algunos, sobre todo niñas, habían tenido que vivir la infancia de sus madres mientras la suya quedaba arrumbada en un cajón secreto. Ellas lo tenían mucho más difícil. La voz les brotaba como el pus de una herida, y al oír su sonido se espantaban tanto como cuando descubrían que alguien había leído su diario, aunque estaba guardado bajo llave entre cachivaches y juguetes viejos de la época en que llevaban la frágil cara de una pequeña de cuatro años. La cara las observaba entre las peonzas y las muñecas inválidas de ojos de vidrio inocentes y pasmados. Tenían un sueño ligero que olía a miedo. Por las noches, cuando recogían el cuarto, cazaban sus pensamientos como quien atrapa pájaros que hay que encerrar en su jaula. A veces daban con uno que no era suyo y no sabían qué hacer con él. Con las prisas, pues siempre estaban cansadas, los metían de cualquier forma detrás de un armario o

entre dos libros. Pero cuando despertaban, los pensamientos de estas niñas ya no iban con sus caras, deshechas durante el sueño como máscaras de carnaval con el cartón agrietado y reblandecido por el calor del aliento. Con esfuerzo, se ponían la cara nueva como una fatalidad y al mirarse los pies se mareaban, tanto había aumentado la distancia en el transcurso de la noche.

Observó la habitación con el rabillo del ojo, sin mover la cabeza. Había un tocador, una mesita de noche y dos sillas. Tenía la desnudez de una tumba sin lápida ni cruz. Le recordaba a los cuartos que había alquilado en su juventud, donde había escrito sus primeros libros, y era el único lugar donde encontraba la frágil seguridad que proporciona la ausencia de cambios. Estaba boca arriba en el sofá cama con las manos debajo de la nuca, entre las sábanas revueltas. Lo importante ahora era estar tranquila y evitar movimientos bruscos para que los armarios empotrados, esas cavidades siniestras, no derramasen todo el miedo comprimido de la infancia que encerraban.

Muy despacio, buscó con la mano los somníferos. Sacó dos y los tomó con un poco de agua. Se los había dado Gitte, que a todo el mundo le daba lo que ella creía que necesitaban. Con Gitte había que estar más en guardia que con los demás. Había que refrenar ciertas palabras antes de que salieran de entre los labios, a toda costa, por cualquier medio. Era un auténtico inconveniente, pensó Lise, que ahora se tuteasen. Una de las primeras noches habían tomado unas copas juntos los tres y, al verla con cierta cultura, a Gert y a ella no les pareció bien tratarla como una simple empleada de hogar sin contacto personal con la familia.

Gitte era consecuencia de la fama repentina que había cosechado dos años antes al ganar el premio de literatura infantil de la Academia por un libro que a ella no le parecía ni mejor ni peor que otros que había escrito. Aparte de un poemario que había pasado bastante desapercibido, solo tenía libros para niños; todos bien acogidos en suplementos femeninos, bien vendidos y, para su tranquilidad, ignorados por el mundo de la literatura para adultos. La fama había apartado con una fuerza brutal el velo que siempre la había mantenido al margen de la realidad. Al pronunciar el

discurso de agradecimiento que le había escrito Gert, se apoderó de ella su viejo miedo infantil a que la desenmascararan, a que viesen que actuaba y que se hacía pasar por alguien que no era. En realidad, ese miedo no la había abandonado desde entonces. Cuando la entrevistaban, siempre repetía las opiniones de Gert o las de Asger, como si ella jamás hubiese tenido un pensamiento autónomo. Cuando Asger la dejó diez años atrás, también dejó en ella un depósito de palabras e ideas, como una maleta olvidada en la consigna de una estación. Cuando lo agotó, empezó a beber de las ideas de Gert, que cambiaban con su humor. Solo era ella misma cuando escribía, no tenía otro talento. Gert se tomó su fama como una ofensa personal. Aseguraba que él no podía irse a la cama con una obra literaria y dedicaba todas sus energías a engañarla para después informarla con gran detalle de sus conquistas. Para ella fue como hundirse en una grieta en el hielo, porque entonces aún lo amaba y la obsesionaba la idea de perderlo. Nadja, su mejor amiga, era psicóloga infantil y la mandó a ver a un psiquiatra, que le explicó que atraía a hombres inseguros de emociones complejas y personalidad dominante. Ella fue una paciente dócil y encontró ciertas similitudes entre Asger y Gert. Solo que Asger, a una edad ya muy tardía, había sentido ese impulso de hacer carrera que implica la entrega total e incansable de la familia, y una mujer que escribía algo casi ridículo como libros infantiles de pronto era una debilidad, una anomalía en él que sus enemigos, llegado el caso, podían aprovechar. Las infidelidades de Gert, en cambio, y según le explicaba el doctor Jørgensen, jamás acabarían en un divorcio, porque si tenían lugar era, ante todo, en su honor. No eran más que una provocación, como cuando los niños de dos años salpican con la papilla. Gert estaba atado a ella por sus embrollos neuróticos y era muy improbable que estuviera dispuesto a volver a perder su identidad por algo que solo era amor en apariencia.

Los somníferos empezaron a hacer efecto y, como no estaba en guardia, una cara se apartó de las demás y comenzó a observarla con la maldad sin tapujos de antaño. Era la cara de un enano al que se había vuelto a mirar de niña y que también había

movido la cabeza para mirarla a ella. Tendría que llevar esa carga a cuestas hasta el fin de sus días como un antiguo pecado que ningún arrepentimiento sería capaz de expiar.

La llave giró en la cerradura de la entrada y su sonido llegó hasta ella como a través de muchas capas de mantas de lana. Era Gert, que volvía a casa. Le oyó pasar por el comedor y pensó que iría a la cocina a coger una cerveza o al cuarto del servicio, a ver a Gitte. De pronto se abrió la puerta y apareció en el umbral de su habitación.

—¿Estás dormida? —preguntó con dudas.

—No.

Se incorporó a medias y se quedó mirándole los zapatos. Se acercaron hasta hacerse tan inmensos como en una obra de teatro absurdo donde salen setas entre las tablas del suelo y arrancarlas cada día es lo único que importa en este mundo. Gert se acercó más aún y ella pensó aterrada que era excesivo estar casada con una persona entera de una sola vez.

Lise despertó las contadas palabras que quedaban entre ellos, que se desperezaron entre sus labios rígidas y destempladas como niños recién arrancados del sueño.

—Siéntate —dijo—. ¿Ocurre algo?

Él se sentó en la silla que había al otro lado de la mesita. La luz de la lámpara le iluminaba las manos, que entreabría y cerraba con nerviosismo. Su rostro quedaba oculto en la oscuridad y ella lo entresacó de su memoria: delicado, demacrado, de facciones finas y regulares.

—Sí —contestó él—. Grete se ha suicidado.

Al notar su mirada clavada en ella, Lise se volvió hacia la pared. El corazón le latía a toda velocidad. ¿Qué sentir y qué decir cuando la amante de tu marido se quita la vida? Era un caso sin precedentes. Se había acostumbrado a sus sentimientos hacia él, viejos y gastados, igual que un ciego se orienta con ayuda de percepciones visuales de un pasado cada vez más remoto en el que aún veía. Esos sentimientos se correspondían con ciertas palabras y ciertos tonos de voz, y aventurarse más allá de la zona conocida era tan peligroso como adentrarse en un campo de minas.

—Lo lamento —dijo con una cortesía estúpida—. Pero ¿no habíais terminado? Creí que habías dicho eso.

De repente, las cortinas verdes parecían hechas de papel pinocho. Debía de ser cosa de los somníferos. Notó que la embotaban y la hacían estar menos atenta.

Él movió la lámpara para coger los cigarrillos. La luz le daba en la cara, tenía que evitar mirarla.

—Sí —replicó cansado—. Pero ha faltado al trabajo sin avisar. Y sabían que yo tengo llaves de su casa, supongo que ella lo había dicho. Josefsen me ha pedido que fuese a ver qué pasaba. Y la he encontrado en la cama con el frasco vacío en la mano. Casi me da un síncope. No voy a perder el puesto, pero menuda vergüenza, ya te imaginarás. Todo el mundo me miraba como si la hubiese asesinado yo.

Encendió un cigarrillo con las manos temblorosas.

—Sabía desde el principio que elegir una chica de la oficina era una idiotez. Y encima de esa edad. Cuando una mujer soltera se avecina a la mitad de la treintena, es peligroso mostrarle siquiera un ápice de compasión.

—Yo tengo cuarenta —comentó ella con aire distraído. Se arrepintió de inmediato. Era una de las reglas de aquel juego agotador al que jugaban: jamás llamar la atención sobre su persona. Sintió la mirada de Gert como un foco candente.

—Eso es distinto —replicó molesto—. A ti ya no hay quien te tome en serio como persona. Es como cuando tu exmarido aparece en una revista entre los diez hombres mejor vestidos del país. Hasta tú lo ves ridículo.

—Gert —dijo con esa dulzura que disimula la falta de amor—, no es seguro que lo haya hecho por ti. Nadja dice que hay gente que tiene muy bajo el umbral del suicidio. Una vez me habló de una chica que se quitó la vida porque le habían robado la bici.

—Ya lo sé —contestó él—. No tengo por costumbre sobrestimar mi propia importancia. Pero me tomo mi trabajo muy en serio. Y estas cosas lo perturban.

Por primera vez en toda la conversación, lo miró a la cara. No estaba como debía. Todos sus rasgos parecían discordantes como

muebles acumulados después de varios matrimonios. Bajo los ojos se le habían formado dos bolsitas redondas que parecían contener los amargos recuerdos de una vida fracasada. Algo cercano a la compasión la rozó por un segundo como el pincel de un faro sobre unas olas lejanas. Luego reparó en sus orejas, gigantescas y recubiertas de pelo, como las de un animal. No podía ser verdad. Cerró los ojos y se hundió en la almohada.

—Dentro de unos días nadie se acordará —lo tranquilizó—. Vete a tu cuarto, Gert, me hace mucha falta dormir.

—Perdona —replicó él ofendido—, se me olvidaba que tu tiempo es oro.

Se levantó haciendo más ruido del necesario y salió del cuarto sin darle las buenas noches.

Ella apagó la lámpara, pero la oscuridad no le supuso ningún consuelo. ¿Qué había querido decir con eso de que su tiempo era oro? ¿Acaso suponía que ya no le quedaba mucho?

Alguien abrió el grifo de la cocina y una risa bronca de muchacho llegó hasta ella. Volvió a encender la luz. Era la risa de Mogens. Ni siquiera sospechaba que su madre sabía que se acostaba con Gitte. Que, a su vez, también se acostaba con Gert; decía que era bueno para su matrimonio —el de Lise y Gert—, y se había propuesto salvarlo. Junto a la pared había unos zapatos de Hanne que no había visto antes. Eran rojos y con punta, regalo de Gert. Gitte decía que no era bueno para los chicos que él mimase tanto a Hanne. Lise no lo había pensado hasta que Gitte le llamó la atención al respecto. Por alguna razón, la visión de esos zapatos la incomodaba, y los sacó al pasillo antes de volver a la cama y apagar la luz.

2

La luz del día llenó la habitación de una virginidad inocente que, por un instante, hizo que lo ocurrido la noche anterior resultara más remoto que cualquier día de su infancia conservado en su memoria como un insecto milenario fosilizado en un pedazo de ámbar.

Descorrió las cortinas y contempló el patio interior. El hielo se estaba fundiendo y del pavimento sucio ascendía un vapor de trapos húmedos. Sobre la tapa del cubo de la basura, un gato se lamía las patas al pálido y frío sol de febrero. Escuchó el murmullo sedante que salía del comedor, donde Gitte desayunaba con los niños. Gitte se desvivía para que la dejaran trabajar en paz, como si ella fuese un Goethe o un Shakespeare. Y eso que ya llevaba más de dos años sin escribir una sola línea. Había algo conmovedor, se decía con severidad, en aquella huérfana que había quemado todas las naves para poner cierto orden en la vida de unos perfectos extraños. Pensar así mitigaba un poco su miedo, hacía las cosas más fáciles, como cuando los niños fingen ceder ante los mayores.

Se puso la bata y se sentó frente al tocador tratando de hacer el menor ruido posible. Su cara en el espejo le pareció cansada y usada, como un guante viejo. La boca estaba encajada entre dos suaves líneas esbozadas que, antes de llegar a la curva del mentón, se interrumpían como si el artista desconocido hubiese tenido que dejar su obra a medias. Los ojos tenían la expresión sincera y veraz de los niños que mienten. Tres finos surcos le daban la vuelta al cuello como un collar de perlas, y cada día serían algo más profundos. ¿Aguantaría hasta el final esa cara con huellas de tantas cosas que el resto del mundo debía ignorar? ¿No se volvía hacia ella con hostilidad cuando no la vigilaba? Y ¿qué saldría de debajo cuando un buen día cayera hecha pedazos? Recordó los vestidos y

los zapatos demasiado grandes que llevaba de niña, siempre comprados con vistas a cuando creciera, siempre calculados para ser de su talla cuando ya estuviesen viejos. Cuando Hanne veía su foto en el periódico, decía: ¡Qué fotogénica eres, mamá! Søren decía: Eres la madre más guapa de la clase. Mogens no decía nada. Gitte decía que no era fácil tener una madre famosa. Citaba a Graham Greene: «El éxito es una mutilación del hombre natural». Gitte empleaba la literatura universal y la prensa del día como utensilios de cocina llamados a hacer más fácil su rutina.

La puerta se abrió y ella volvió la cabeza sobresaltada, como si la acabaran de sorprender en algún vicio secreto. Era Søren, con bigotes de leche y la mochila a la espalda.

—Adiós, mamá —dijo con tono inseguro—. Gitte me ha dejado entrar a ver si estabas dormida.

—No, estoy despierta. Adiós, Søren. ¿No me vas a dar un beso?

Se inclinó a besarlo en los labios. Él le echó los brazos al cuello y, por un momento, un aroma a sueño interrumpido, polvo escolar y culpa infantil los envolvió como un manto arrojado con piedad sobre un enemigo caído. Lo sujetó por los hombros y observó con sombría compasión su carita de cansancio.

—Estás pidiendo a gritos un corte de pelo —dijo afectando alegría mientras le acariciaba el cabello rubio y sedoso.

—No —protestó él con vehemencia al tiempo que se escabullía de entre sus manos—. Gitte dice que el pelo largo me favorece. Los demás se ríen de mí cuando me llevas al peluquero.

—Vaya.

Se apresuró a incorporarse y Gitte aprovechó ese instante para interponerse entre ellos. Cogió al pequeño por la muñeca:

—Andando —dijo con autoridad—. Faltan dos minutos para las ocho.

Avanzó por la habitación con el gesto de quien tiene un objetivo en esta vida y se detuvo con la brusquedad de un coche que frena ante un obstáculo inesperado. Cogió el frasco de pastillas y se quedó observando a Lise con una intensa expresión de moralidad en los ojos miopes.

—Gert me ha pedido que las guarde yo —anunció—. Lo de Grete ha sido un shock. No quiere volver a pasar por nada semejante.

—Ah —dijo Lise; luego se sentó en la cama sintiéndose tan transparente como un recortable—. ¿Te lo ha contado?

—La culpa es tuya.

Gitte se guardó el frasco con dejadez en el bolsillo de los vaqueros y se sentó a su lado. Era de una fealdad fascinante y olía a sudor. Lise esbozó una amplia sonrisa. El miedo lo colmó todo como un líquido. El reloj del comedor dio las ocho.

—Anoche acudió a ti en busca de consuelo. Quería arreglar las cosas, Lise. Estaba dispuesto a volver contigo, quería desterrar la idea de serte infiel. Quería acostarse contigo. Pero tú estabas cansada, querías dormir, no entendiste nada.

En su voz resonaba la impaciencia contenida. Apoyó los codos en las rodillas y dejó descansar el rostro en la cuna de las manos.

—Gitte —dijo Lise—, ¿no me vas a traer un café?

—Dios, claro. Así podemos charlar un rato.

Lise se quitó la bata y volvió a meterse bajo el edredón. Ya no podría encontrar el sueño entre sus familiares pliegues. Nadja, pensó, hoy la llamo. Se apoyó en esa imagen dulce y firme que Nadja tenía de ella. A Nadja la impresionaba su tolerancia, pero confundía tolerancia con indiferencia. Para ser intolerante hacía falta compromiso. Franqueza, pensó, es todo lo que pide Gitte en estos momentos, un atisbo de mi alma, un acceso de humanidad. Así pasaría otro día antes de que estallase el odio.

—Anda, come algo; lo necesitas. Acabo de hacer pan.

Gitte se instaló en la silla donde se había sentado Gert la noche anterior y sirvió café en dos tazas.

—Tienes que entender —dijo con mucho énfasis— que para él fue terrible. Tuvo que llamar a la policía y pedir una ambulancia, y lo interrogaron como si fuese un criminal.

—Sí, ya lo sé. Pero es como si eso le hubiese pasado a alguien que ya no conozco, no sé si me entiendes.

—Sí, pero anoche perdiste tu oportunidad, porque después vino a verme. Aunque yo no soy más que tu reemplazo, como

tantas otras cosas. Dijo que todo lo había hecho para vengarse de ti.

—¿Y yo qué le he hecho?

Lise removía la taza sin dejar de ver la cara de Hanne, oscura, enigmática. Cada vez que pasaba cerca de ella —llevaban tiempo evitando cualquier tipo de contacto— sentía el aroma a leche caliente y botas mojadas de su infancia y sabía, en medio de una culpa sombría, que la nariz de Hanne percibía un olor muy distinto que los sentidos de su madre, saturados de recuerdos, no eran capaces de captar. Y la cara de Hanne temblaba hasta perderse en un espantoso no ser entre la cara abandonada de ayer y la que llevaría mañana. A fin de cuentas, pensó, tampoco tenía nada de raro que a Gert la víspera, con la cabeza en otras cosas, le hubiesen salido orejas de animal. ¿No vemos a veces a un pariente cercano mirándonos, por ejemplo, con ojos de perro? En esos casos había que hacer como si tal cosa con mucho tacto y quitar los espejos de la casa hasta que se arreglase el fallo. Señalar ese tipo de descuidos y olvidos a los demás solo servía para exponer su vulnerabilidad y encender su ira, como advertir a un señor muy trajeado que lleva la bragueta abierta delante de todos en una fiesta.

—Nada —contestó Gitte—, tú no le has hecho nada. Es como en las obras de Strindberg. Todos sus personajes se odian sin ningún motivo.

—Porque siguen juntos cuando el amor se ha acabado —dijo Lise con astucia para volver a llevarla a su terreno—. Porque no puedes amar a una sola persona y olvidarte del resto de la humanidad.

—Sí, por eso —dijo Gitte satisfecha—. Hay que amar al prójimo, lo otro es totalmente asocial. Por eso tampoco siento lo de Grete. Ha sido un acto egoísta.

Dilató las ventanas de la nariz, como si las tuviese tapadas. Lise, agotada, sintió que por el momento el peligro había pasado.

—Algunas de las cosas que aprendiste en esa escuela popular no estaban nada mal —reconoció con una sensación de gratitud malsana.

—No. —Gitte se levantó a recoger la bandeja—. La familia

está extinguida. No queremos casarnos ni traer niños al mundo. Pero una vez que se hace, como Gert y tú, hay que seguir juntos. No nos hacen gracia los divorcios. Deberías haberle dejado quedarse anoche. Habría sido lo más inteligente por tu parte.

Ese último comentario lo hizo sin aliento, mientras empujaba el tirador de la puerta con el codo.

Lise se levantó de la cama y abrió la puerta de su despacho. Cogió aire y contempló la máquina de escribir, que, polvorienta e intacta, se extendía acusadora por una mesa en ese orden deprimente que trae la falta de trabajo. Había una primorosa pila de ejemplares del libro premiado. Se titulaba *El pervertido*. Trataba sobre un delincuente sexual. Las sospechas recaían en un pobre hombre soltero que temía a las mujeres e invitaba a las niñas del barrio a refrescos y dulces en una tienda que tenía en un semisótano. El asesino era el policía que más celo mostraba durante la investigación. Ella fue la primera sorprendida con el desenlace. Una vez que creaba los personajes, ellos decidían solos lo que querían hacer. Escribir siempre había sido como un juego, una ocupación feliz que le permitía olvidarse del resto del mundo. Pensó: Si empiezo a escribir de nuevo, terminará toda esta pesadilla. Hanne volvía del colegio corriendo todos los días. ¿Has escrito otro capítulo, mamá?, preguntaba ansiosa. Y lo leía con los ojos brillantes. Ay, es buenísimo. Qué ganas tengo de saber qué pasa ahora.

Hanne entraba y salía de su mente como un rayo de sol en un cuarto sombrío. Su primer bebé, el milagro, una niña. Escribía todos sus libros para ella, cuentos, historias para niños, novelitas que transcurrían en un mundo de fantasía infantil, femenino. Traer al mundo a los chicos fue pasmoso. Se sintió decepcionada y después se resignó. Gitte aseguraba que Mogens y Søren sabían que ella habría querido que fueran niñas y les daba el amor que su madre les negaba. Lise les tenía cariño, decía Gitte, pero sabían que quería a Hanne mucho más que a ellos.

Cogió uno de los libros. La cubierta era colorida y dramática. Gitte lo había leído en la escuela popular. Había entusiasmado a toda la panda del LSD. Lo veían como una insurrección contra la

autoridad, un arma en su lucha contra el poder y la conformidad. Cuando Gitte leyó su anuncio buscando empleada doméstica, se aferró a él como un ahogado a una tabla de salvación. Quería dejar las drogas porque veía adónde llevaban. Quería estar saludable, no ser dependiente y ponerse al servicio de una artista, pues solo el arte nos hace libres y nos eleva por encima de la actividad mortífera que origina todas las desgracias de este mundo.

Se sentó frente al escritorio con su modesto camisón de algodón y los pies desnudos sobre el parqué frío. Hacía ya mucho tiempo que no se quedaba a solas con Hanne. No sabía quién se lo impedía. Tal vez era difícil ver a alguien a solas en un piso donde vivían seis personas, nada más.

—Tengo miedo —susurró sin hablar con nadie en concreto.

¿Por qué él le había contado a Gitte lo del suicidio? ¿Qué era eso que se acercaba día a día, inexorable como el tiempo? Volvió a ver las enormes orejas peludas de Gert y supo que no debía contárselo a nadie. Y vio a la muerta. ¿Cuántas pastillas harían falta? ¿Cincuenta... cien? Gitte se las había llevado. Pero tendría que darle dos por las noches o no podría dormir. A todos les daba algo de lo que no podían prescindir. Se acostaba con Gert; se acostaba con Mogens; a Søren le hacía postres con nata; pero a Hanne ¿qué le daba? Hanne la trataba con una especie de reserva alerta y Lise no lograba adivinar por qué.

Hizo acopio de fuerzas y entró en el cuarto de baño. Mientras el agua caliente de la bañera la acariciaba con suavidad, oyó que Gert salía de su cuarto y llamaba a Gitte. Se tomaría un café y a eso de las diez iría al ministerio. ¿De verdad había querido acostarse con ella la noche anterior? Si era tan imposible como si los separase un océano entero. Gitte decía que todos los hombres tenían algún tipo de perversión. Durante su medio año en la escuela popular se había ido a la cama con cuarenta y nueve, y ninguno de ellos era normal. Uno solo podía si se ponía botas de agua. A otro le satisfacía golpearla con fuerza en la cara. A Gert había que pellizcarle los pezones, y Lise llevaba diez años casada con él y ni lo sospechaba. Si le clavabas las uñas entraba en éxtasis, según Gitte.

Se oyó un zumbido en la cañería que corría paralela al borde de la bañera. Por lo visto, alguien se estaba dando un baño en el piso de arriba. Gitte casi nunca se bañaba. Tenía un reborde oscuro debajo de la barbilla porque solo se pasaba la esponja por la cara. La suciedad era parte de su visión de la vida. No hay que olvidar que la penicilina se hace con moho, decía.

Siguió sonando el zumbido en la cañería y de repente se oyó una especie de risa triunfal. Se aclaró las axilas y se quedó observando la tubería oxidada que iba hasta la rejilla, al pie de los azulejos. Otra que iba del techo hasta el suelo comunicaba las dos viviendas. Cuando Gitte pegaba la oreja a su radiador, oía lo que decían los de abajo. Era un sótano donde vivía una anciana sorda con dos hijos ya mayores. Hablaban delante de ella de cuándo se moriría, porque tenía un seguro del que eran beneficiarios. La risa resonó con más fuerza y Lise se quedó mirando la cañería como miraba el armario de su infancia, que encerraba algo terrible que escaparía tan pronto como la oscuridad y el sueño la vencieran. Era una conversación interrumpida por ataques de risa. Sonaba como cuando Mogens hablaba con una media de nailon en la cabeza para asustar a su hermano pequeño. Se quitó el gorro de baño y acercó la oreja.

—Peor es cuando sonríe. Tiene las fundas de arriba de un color raro.

Se palpó con el dedo índice las dos fundas de porcelana y volvió a oír la voz de Gitte:

—Solo ve lo que es palpable.

—Un poco más de paciencia y la tendremos donde queremos. Tú deja las pastillas encima de tu cómoda y un buen día acabará por tomárselas, igual que Grete. Ya lo está pensando.

Era la voz de Gert.

La rabia hizo que la sangre le hirviera por todo el cuerpo. Salió de la bañera y se echó por encima el albornoz sin secarse. En la cocina, Gitte colaba el café. Gert estaba en pie a su lado con las manos en los bolsillos de su bata azul.

—He oído todo lo que decíais —anunció Lise en tono agrio—. Pero cuidado. No me faltan los amigos y pienso contarles lo que

ocurre en esta casa.

Los dos la observaron con un pasmo bien fingido.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Gert.

—Lo sabes perfectamente.

Se cerró el cuello del albornoz con una mano temblorosa.

—Debes de haberte quedado dormida en la bañera —dijo Gitte con calma sin dejar el café—. A mí me pasa a menudo. Te despiertas confundida.

La rabia se esfumó como el agua, que goteaba en el suelo hasta formar un charquito a sus pies. La duda y la confusión ocuparon su lugar.

—¿Tú crees? —preguntó—. Me ha parecido oír vuestras voces por la cañería.

—¿Y qué decíamos?

Gert se sentó a la mesa de la cocina y le sonrió. En lo más hondo de su mirada ardía una llamita de maldad.

—Nada especial —contestó ella con lentitud—, no me acuerdo bien. Seguro que me he dormido.

Sacó un vaso del armario y se acercó al fregadero para llenarlo de agua. La puerta del cuarto de Gitte estaba abierta, como de costumbre. Era como declarar que no tenía vida privada y que se podía entrar en su habitación con la misma libertad que en el resto de la casa. Al mirar por la puerta entreabierta, Lise sintió que le estrujaban un trapo húmedo en el corazón.

Los somníferos estaban sobre la cómoda.

Se volvió hacia ellos con rapidez mientras se bebía el agua. Le pareció que evitaban su mirada.

—Estaba pensando —anunció en tono despreocupado— invitar hoy a Nadja a comer. Hace siglos que no charlo con ella.

—Buena idea. —Gitte se sentó a la mesa frente a Gert—. Te vendrá bien ver a alguien que no seamos nosotros.

—Es verdad. —Él pasó una página del periódico—. Se vuelve uno un poco raro si se aísla demasiado.

Los dos le dedicaron una sonrisa amable y reconfortante, como unos padres que creen que su hija ya va teniendo edad de salir a divertirse.

3

A media mañana la luz ya era vieja. Tenía el tono mustio y amarillento de esas fotos de aficionado guardadas en un cajón que ya no abre nadie. El sol se había ocultado tras unas nubes grises y compactas y el cielo despedía un olor insulso y rancio, como el aliento de la gente que no come.

Lise cerró la ventana. Los coches circulaban por el amplio bulevar sin preocuparse lo más mínimo unos de otros. El hombre del almacén que había bajo la sala de estar discutía con un repartidor que había originado un atasco. Hacía grandes aspavientos con aire de haberse topado por vez primera en su vida con un egoísmo mayor que el propio. Tal vez hubiese ocurrido todo millones de años atrás, como cuando la luz de estrellas más que extinguidas llegaba a la Tierra.

Se sentó de nuevo junto a la mesita esmaltada que había entre los dos canapés y prosiguió su esmerada manicura. Había perdido a Asger por culpa de las uñas. Poco después de que él entrara en Asuntos Exteriores en calidad de mano derecha del ministro, los habían invitado a una cena de Estado. Aconsejada por Nadja, se compró un vestido de gala que costaba una fortuna y se sometió a un tratamiento de belleza tras el cual ni su madre la habría reconocido. Con la cara acartonada por el maquillaje, mantuvo una agotadora conversación con su vecino de mesa, un diputado que acababa de sufrir un derrame cerebral. ¿Y ha escrito usted algo más después de *Princesa Sibylle*?, balbuceó el hombre. La confundía con la mujer de un consejero que solo había escrito ese libro. Tantas horas de suplicio para oír ese comentario. La cena, tan desconsoladamente infinita como los domingos de la infancia, acabó a las once. Qué vergüenza me has hecho pasar con esas uñas, le dijo Asger al llegar a casa. Me he fijado en ellas durante el

café. Seguro que tú no lo entiendes, pero con una mujer que no se limpia las uñas no se puede hacer carrera en la diplomacia.

En el salón de belleza no habían sido capaces de borrar del todo las huellas de su trato íntimo con el papel carbón y la cinta mecanográfica. De no ser así, tal vez aún seguiría casada con él. La vida consistía en una serie de acontecimientos minúsculos e imperceptibles, y si alguno de ellos se te escapaba, podía ser tu perdición.

Agitó los dedos para secar el esmalte. A través de la puerta abierta vio a Gitte curioseando en los estantes de su despacho. Todos los días olfateaba los libros como los perros husmean los árboles y las piedras en busca de olores que los animen a levantar la patita. Con un instinto seguro y exquisita economía, sorbía el jugo con avidez y escupía las cáscaras. Rilke, Proust, Joyce, Virginia Woolf. Eran suyos, y ahora que había descubierto en qué consistía todo, no tenía intención de volver a soltarlos. Bebía de ellos a sorbos pequeños y caprichosos, los paladeaba como un enólogo experto, los arrancaba de su contexto y los empapaba en sus impúdicas interpretaciones.

Flaca y tortuosa como un interrogante, sacó un libro de uno de los estantes inferiores. Permaneció largo rato en esa postura, como una marioneta de cuyos hilos se han olvidado de tirar. Había que estar encima de ellas todo el rato, se dijo Lise llena de miedo, para obligarlas a representar su papel: un paso adelante, dos hacia un lado y una palmadita con las manos de trapo. Si las descuidabas un solo instante, lo advertían y empezaban a tener ideas propias, distintas y peligrosas, una auténtica amenaza para su existencia prestada. Entonces querían vengarse y empezar a vivir por cuenta propia, como esa desconocida, Grete.

Se deslizó con premura en la piel de Gitte, que no estaba bien cosida porque había sido una tarea hecha por muchas manos.

—Gitte —comenzó en el tono lisonjero que se emplea con los niños de mal comer—. ¿Tú crees que te valdría el vestido azul de Hanne, ese plisado? A ella ya no le sirve y yo creo que a ti te sentaría bien.

—Sí —contestó ella—. Me encantaría quedármelo.

Su cuerpo enjuto se desplegó como una navaja. Se la veía contenta, como si no sucediera nada, llena de una alegría sencilla de jovencita ante aquel regalo inesperado. Lise aún recordaba lo que era ser pobre. Saltarse una comida a fin de comprar un libro largo tiempo codiciado. La catástrofe que suponía una carrera en tu único par de medias. Cruzar a pie la ciudad de un extremo a otro para ahorrarse el dinero del tranvía. La pobreza te envolvía como un olor desagradable.

El libro premiado de Lise se había traducido a once idiomas, pero a ella le parecía que la prosperidad resultaba tan paralizante como antaño lo fuera la pobreza.

—*Lolita* —exclamó Gitte alzando el libro con gesto triunfal—. No he vuelto a leerlo desde el orfanato. Lo leíamos a escondidas, como si fuese pornografía.

—Claro —dijo Lise, que había perdido el coraje como la arena un reloj—. Lo más conmovedor es la compasión que siente por la niña. Ve su soledad, sabe que él mismo la está separando de todos sus compañeros.

Estiró el labio de arriba para que le tapase las fundas que tanto repugnaban a Gitte. En toda cara había algo que ofendía y provocaba al resto del mundo como la letra ilegible de un médico ofende el amor propio de un farmacéutico.

Deslizó un pensamiento callado y abatido entre las páginas del libro. El pensamiento cayó de nuevo y quedó colgando por un instante del borde de la cubierta antes de gotear hasta el suelo como una lágrima desde las pestañas. El libro era de Gitte, como si en este mundo solo existiera ese ejemplar y una única interpretación posible.

—Hace no mucho —dijo Gitte sentándose en el brazo del sillón con una expresión ingenua de suficiencia— leí un artículo de Simone de Beauvoir en una revista. Se titulaba «El síndrome de Lolita». Decía que los hombres que lo sufren son inmaduros e infantiles. Con las mujeres adultas sienten que se les ve el plumero. Gert también es infantil. No quiere una compañera de su nivel. Le tranquiliza que yo, al fin y al cabo, no soy más que la chacha.

Balanceaba las piernas con flacidez e insolencia como el

muñeco de un ventrílocuo que se ha hecho con el control y da rienda suelta a sus más secretos pensamientos ante el regocijo de su auditorio. Una carcajada triunfal escapó entre sus labios apretados y Lise observó con una mirada furtiva que Gitte había adquirido tanta destreza que no movía un solo músculo de la garganta.

—Sí —dijo, y, para distraer su atención y retrasar lo inevitable un momento más, se apresuró a añadir—: Prepara algo de picar para Nadja y para mí. Y déjanos solas, por favor. Ha cancelado la cita de un paciente para venir a verme. Solo tiene una hora y media.

—Enseguida.

Gitte se puso en pie de un brinco y se quedó frente a ella con un destello cruel de regodeo en los ojos verdes y juntos de cejas unidas como dos amigas del alma inseparables.

—Te vendrá bien hablar con alguien sensato —aseguró con aire trascendente—. Gert cree que no estás bien. Se ha asustado mucho cuando te has presentado en la cocina esta mañana. Tienes que tener cuidado, no hay que confundir los sueños con la realidad.

Cuando salió de la sala, Lise se quedó mirando la fina línea de su espalda. Se estremecía en el aire como esas rayas que se ven después de una noche en blanco. Era como un pensamiento desgajado de ella misma que ya no podía recuperar.

—Pero no creerás en serio que Gert y Gitte pretenden que te quites la vida como Grete, ¿verdad? —preguntó Nadja con la boca llena y tan despacio como si hablase para un taquígrafo novato.

Su cara de rasgos eslavos dulces y tristes se plegó de repente bajo la barbilla en una bolsa similar a la de un pavo, como si por un instante, incapaz de mantenerse en su sitio por más tiempo, buscase refugio allí. En un intento de salvarla de la caída —siempre se habían apoyado en los momentos difíciles—, Lise se apresuró a decir:

—No, Nadja, no lo creo.

Se aferró a eso que llaman sentido común, algo que poseía como se tiene un lenguaje artificial de tan escasas palabras y tan pocos matices que apenas sirve para intercambiar comentarios sobre el tiempo, la comida o los horarios de los trenes.

—Sé perfectamente —continuó parloteando— que para Gert ella no es más que algo fácil que tiene a mano. Para acostarse con ella no necesita movilizar un aparato emocional, eso es todo. Y Gitte, por su parte, no sueña con el amor ni con el matrimonio. En realidad, creo que tienes razón, debí de quedarme ausente durante un segundo en esa bañera y me dejé llevar por la imaginación. Ya sabes que siempre estoy hablando de escribir una novela de terror para adultos. Hanne tiene ya diecisiete años y no lee libros infantiles.

—Claro. ¿Qué tal está? Hace siglos que no la veo.

Las facciones de Nadja volvieron a su lugar. Tenía los ojos tan limpios y tan brillantes como si acabaran de salir del tinte. Siempre había sido muy pulcra y cuidadosa con sus cosas y no dejaba que nada suyo se deteriorase.

—Bien. Pero al parecer sigue sin haber chicos en su vida. Y ya va teniendo edad, oye.

—Todo llegará. Ya sabes que siempre ha sido una niña muy de su casa.

Nadja bebió un sorbo de cerveza mientras los ojos se le volvían estrechos y alargados como acuarelas húmedas al entremezclarse. Eso confirió a su cara una expresión ladina y poco fiable. Lise se preguntaba qué le habría dicho Gitte al abrirle la puerta. Observó a su amiga con una sensación de total abandono, como si la corriente la arrastrara sobre un témpano de hielo y nadie en este mundo oyese sus gritos de auxilio. Buscó tras muchos velos ocultos la cara de Nadja veinte años antes, cuando se conocieron en la Biblioteca Real, adonde tantas jóvenes acuden desde hogares que les resultan estrechos como el vestido del año anterior. Nadja compartió con ella su círculo de amistades y, como nada la retenía, ella había entrado en él como en un salón de baile engalanado para otra, igual que los regalos que le hacía a Hanne siempre estaban destinados a otros niños. Los amigos de Nadja

eran estudiantes de provincias y uno de ellos se llamaba Asger. De no haber conocido a Nadja, tal vez se habría casado con un mecánico y viviría en Nørrebro, a unas calles de la casa de su infancia.

Un ruido ensordecedor rompió el silencio de una manera tan brusca que a Nadja se le cayó el tenedor del susto. Se quedó mirando hacia la puerta del comedor.

—Santo Dios, ¿qué ha sido eso? —exclamó.

—Es Gitte, que ha puesto un disco —contestó Lise con aire indiferente—. Ella y Mogens no pueden vivir sin ruido. Habrá vuelto antes de clase.

—Pero ¿por qué no la echas? —preguntó Nadja sin rodeos—. Si no la soportas.

—Me da pastillas para dormir —respondió Lise alerta—. Además, eso de que no la soporto no es cierto.

Levantó la voz para hacerse oír a pesar del ruido y el miedo volvió a cernirse sobre ella como las alas de un gavilán sobre un gallinero.

—Es una chica muy inteligente. No te creerías la cantidad de libros que ha leído. Y me quiere como a una madre.

El corazón le latía con furia mientras retenía la cara de Nadja con la mirada para evitar que volviera a desdibujarse.

—Pastillas para dormir —repitió Nadja con lentitud— puede darte cualquier médico si te hacen falta. No tienes que depender de Gitte de esa manera. Te iría mucho mejor si todavía fueses capaz de ponerte celosa.

—El doctor Jørgensen ya me quitó ese sentimiento —explicó Lise en el mismo tono que habría usado para referirse a su apéndice.

—Sí, pero no deja de ser antinatural. Por cierto, deberías ir a verlo, creo que lo necesitas. Si te digo la verdad, yo creo que no estás bien.

Eran las mismas palabras que había empleado Gitte. No podía ser casualidad. El peligro la acechaba por muchos flancos al mismo tiempo y era difícil imaginar en qué consistía.

Nadja se puso en pie y se sacudió las migas de la falda.

—Tengo que irme —anunció—. Me alegro de haberte visto. Últimamente, siempre que llamo, Gitte me impide que venga, como si hubiese un muerto en la casa. Dice que estás trabajando y que no hay que molestarte.

—Es mentira —dijo Lise mientras iban hacia la puerta—. En cambio, por algún motivo no le ha importado que vinieras hoy.

Su amiga cedió a un impulso y la abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Prométeme —insistió— que hablarás con el doctor Jørgensen un día de estos. Ya te ha ayudado antes y sabes que es un buen amigo.

En el comedor, Gitte y Mogens se contoneaban al ritmo de la música. Cuando se soltaron, el muchacho lanzó a su madre una mirada llena de hostilidad.

—Gitte y yo vamos a ir a una manifestación frente a la embajada norteamericana, contra la guerra de Vietnam.

—Pues quédate un poco al margen —le aconsejó Nadja en tono de guasa—, si no quieres que te den con una porra en la cabeza. ¿No vas a saludar a tu anciana tía Nadja?

—Buenas —se limitó a decir él mientras echaba a andar por el largo pasillo hacia la cocina seguido de Gitte, que se movía con falsa jovialidad, como si le sacara veinte años en vez de cuatro.

Lise observó a su amiga mientras se ponía el abrigo delante del espejo en el oscuro y pequeño recibidor. A lo mejor podía confiar en ella, a lo mejor era cierto que no estaba al tanto de todo aquello.

—Qué gracia —dijo Nadja sonriéndole a su reflejo—, aún tiene la cara de su padre.

—¿Gracia?

Lise la miró con incredulidad. De pronto, Nadja era demasiado grande para aquella habitación, como la muñeca de porcelana que de niña metió en el teatrito de cartón que había montado su padre siguiendo un patrón del *Familie Journalen*. La gente iba por ahí, pensó horrorizada, diciendo esas cosas sin pararse a pensar en lo difícil que debía de ser compartir cara con otra persona. No podían usarla al mismo tiempo y Lise no sabía —

porque esas cosas los niños se las guardaban— a qué complicado acuerdo habrían llegado padre e hijo. Un alto funcionario tiene que dar la cara constantemente, y no puede ser una con rastros visibles de los sueños nocturnos y los excesos secretos de un muchacho en plena pubertad. Y cuando Mogens iba a ponérsela se la encontraba estragada por las decisiones adultas y la falta de sueño, y tenía que estirarla y quitarle las arrugas antes de usarla por la mañana para ir a clase.

—Adiós, Lise —se despidió Nadja con gesto serio—. Cuídate mucho, ¿quieres? Y no tomes más pastillas. Puedes dormir perfectamente sin ellas.

Lise se quedó mirando la puerta cerrada durante un rato. Sus pensamientos buscaban la cara del doctor Jørgensen como quien revuelve un cajón en busca de algo que hace tiempo que no usa. La encontró bajo muchas otras caras y la contempló asustada. Era larga, plana e infinita, como una representación de la ley de que dos líneas paralelas nunca se cruzan. Era imposible, de modo que la soltó y fue al comedor a apagar el tocadiscos.

4

Había una vez una mujer que era una auténtica bruja malvada. La mujer tenía dos hijas. Una era fea y mala, pero ella la quería, porque era de su sangre. La otra era guapa y buena, pero ella la odiaba, porque era su hijastra...

—La fea es Hanne y la guapa es Gitte.

—¿Y entonces yo soy la bruja malvada?

Abrazó a Søren con más fuerza y observó sonriente su carita, que de pronto tenía mucho más de sus siete años. La había gastado con tanta rapidez que había tenido que ponerse una del futuro, porque aunque a nadie se le ocurriría darle a un niño de una vez todo el regaliz que consumiría en su infancia, las reservas de tiempo de la infancia, en cambio, no se administraban. Gert siempre repetía lleno de un orgullo ingenuo que era un chiquillo muy adelantado para su edad, y no se paraba a pensar en las temibles perspectivas que encerraba aquella frase.

—Sí, tú eres la bruja.

Se echó a reír con aire socarrón mirándola con esa sincera falta de empatía que solo tienen los niños.

Ella continuó leyendo aquella rara edición de los cuentos de los hermanos Grimm que en tiempos más felices había buscado en todas las librerías de viejo. Leía sin comprender las palabras. Søren se recostó en la almohada. Su aliento desprendía un vago olor a comida, porque Gitte aseguraba que cepillarse los dientes producía caries. Volvían a zumbarle los oídos. Había estado así toda la tarde, desde que Nadja se había ido. Pero al entrar en el cuarto en desorden de Søren se le había pasado. El zumbido regresó apenas pronunció el nombre de Gitte; siempre lo tenía en la punta de la lengua, como la saliva. Regresó para recordarle el cuarto de baño y sus largas, retorcidas y misteriosas cañerías, tubos cuya función

solo conocían los fontaneros. Ella, en cambio, de fontaneros no sabía nada, y pensó en la Rapunzel de su infancia, la niña de largas trenzas doradas del piso de abajo, que a los quince años se quedó embarazada de un fontanero viejo y beodo. Lo había odiado toda la vida por arrebatarle un hermoso sueño y ahora él se vengaba con ese zumbido. El zumbido en los oídos podía curarlo un médico, que era mejor fontanero que el otro. Pero hacía complicado distinguir las voces, como si de repente estuviera un poco sorda.

Al terminar el cuento descubrió que Søren se había quedado dormido. Siempre era algo tan brusco como el disparador de una cámara de fotos. El niño dormía y de pronto ella sintió que estaba de más. El ruido del televisor tenía un timbre amenazante, como si un mundo hostil la llamara y la urgiera al compromiso. Unos versos cruzaron por su mente:

... echas en falta unas alas,
la tierra te ha quemado los pies...

y la reconfortaron tanto que fue capaz de salir de la habitación y entrar a ver a los demás como quien entra en un sueño recurrente en el que sabe que todo está decidido y no hay nada que cambiar.

El teléfono sonó cuando pasaba junto a él por el pasillo. Contestó y dijo su número. Siento molestarla, se disculpó una voz femenina vivaz y juvenil. Llamo del *Aktuelt*. Estamos haciendo una encuesta titulada «¿Acabará con el matrimonio la moda de la minifalda?». Es para un artículo de...

A través de la puerta del comedor vio que Gert y Hanne estaban sentados juntos. Sus espaldas revelaban esa intimidad entre dos personas que hace que sobren las palabras. Cerró la puerta de una patada.

—Perdone —dijo—, no he oído bien eso último.

—Bueno, la cuestión es si las jóvenes que van en minifalda tientan a los maridos hasta el punto de ser un peligro para su matrimonio. Me refiero sobre todo a las amas de casa de entre cuarenta y cincuenta años. Se lo estamos preguntando a una serie

de mujeres destacadas.

—Si el matrimonio va bien, no.

Detectó en su voz una frescura poco natural y tuvo una sensación fugaz de haber mantenido ya esa misma conversación, como cuando reconoces un paisaje donde sabes que nunca has estado.

—Si los hombres de esa edad sucumben ante jovencitas se debe a su inmadurez, no tiene nada que ver con la moda.

—Sí, estoy de acuerdo con usted. Gracias por su amabilidad y disculpe las molestias.

Pasó y se sentó al lado de Hanne sin dejar de preguntarse si habrían oído la conversación. La larga melena de color miel ocultaba su perfil. Delante de Gert había una botella de whisky, un sifón y un vaso. Él se inclinó hacia delante y buscó la mirada de Lise con gesto amable.

—¿No te apetece una copa? —preguntó—. Pareces necesitarla.

Sus ojos tenían el brillo mate de las uvas pasas y sus orejas, observó aliviada, eran las de siempre.

—No —contestó—. Estoy cansada, voy a acostarme enseguida.

Clavó la mirada en el televisor. La cara huesuda y con gafas del presentador se alejó de pronto, como si la viera por un catalejo puesto del revés.

«Esta tarde se han producido violentos disturbios delante de la embajada americana —decía—. A esta hora continúan los enfrentamientos entre policía y manifestantes...»

Desapareció y se vieron imágenes de la manifestación de camino a la embajada.

—¡Ahí está Gitte! —exclamó Gert.

—Y Mogens.

Hanne se echó hacia delante y Gitte volvió la cabeza como si los mirara. Después siguió marchando con aire triunfal entre los demás.

—Deberías haber prohibido a Mogens que fuera —dijo Gert antes de beber un trago largo del vaso—. ¡Si a él no le interesa la

política! Como se entere su padre, va a ponerse hecho una furia. Pero no es asunto mío, claro.

—Venga, si no va a meterse en ningún lío —lo defendió Hanne con su vocecilla de niña de doce años, tan impropia de su edad—. Si no lo convence Gitte.

—Es la primera vez que Gitte sale de casa desde que llegó... —observó Lise— y la vemos en la tele.

Era como si no pudiera ser una coincidencia, como si formara parte de lo que se avecinaba, de la maldad acechante que la rodeaba.

—El mundo se ha vuelto loco —dijo Gert melancólico con la mirada perdida dentro del vaso—. Se siente eso que Baudelaire llama las terribles alas del tiempo.

Lise le lanzó una mirada fugaz a través de la melena con olor a infancia de Hanne. Aún recordaba el periodo Baudelaire que ambos habían pasado cuando los niños eran pequeños. Vivían entre sus citas y Gert compró una edición especial de sus obras, aunque no sabía tanto francés como para sacarle partido. ¿Qué les había sucedido desde entonces? Hacía ya mucho tiempo que él no pasaba una tarde en casa. Cuando no estaba, Hanne solía quedarse en su habitación. ¿Seguiría pensando en su amante muerta? En realidad, lo dudaba; su fuerza residía precisamente en su falta de imaginación. Era un hombre incapaz de ver con los ojos y sentir con los nervios de otra persona.

La tele siguió aullando escenas de la guerra de Vietnam. Cuando la imagen se enturbió, volvió a ver la cara de Gitte, mirándola. Ahorrativa como era, parecía haberla comprado de segunda mano y con vistas a que durara. Por eso la gente pobre solía tener caras poco armoniosas. Estaban marcadas por una infancia que no era suya y que siempre había sido amarga e infeliz. Bajó los ojos hacia la mesa y respiró hondo, como si de repente faltase el aire en la habitación.

—Creo que al final sí voy a tomarme esa copa —dijo levantándose.

Gert se volvió hacia ella.

—Si vas a la cocina —le pidió—, ¿te importa pasar por el

cuarto de Gitte a ver si tiene la biografía en inglés de Tolstói? Se la presté el otro día, pero aún no he terminado de leerla.

—Claro —respondió ella desde la puerta.

Tuvo la sensación de que Gert y Hanne intercambiaban una tenue sonrisa de alivio, como cuando se está a punto de resolver un problema de aritmética complicado. Una vez en el largo y estrecho pasillo, tan oscuro que siempre dejaban la luz encendida, se detuvo como si no recordase adónde iba. El estruendo de los oídos se había esfumado y el silencio le llenaba el ánimo como un poema. Luego entró en la cocina y de ahí al cuarto de Gitte. Aunque cerró la puerta, tenía la penosa sensación de no estar sola. Sobre la mesa estaba el magnetófono de Mogens, que giraba con una bobina vacía. Gitte y él lo usaban para hacer grabaciones caseras. Lo apagó y vio las pastillas sobre la cómoda, igual que por la mañana. No había podido sacárselas de la cabeza desde entonces. Asustada y fascinada, contempló el frasco marrón de somníferos mientras la realidad desaparecía por detrás de ella como alguien en un andén cuando el tren se aleja. Oyó voces imprecisas procedentes del sótano, habitado por gentes de las que Gitte sabía cosas tan terribles. El libro de Tolstói estaba al lado del magnetófono y tenía una señal dentro. Lo abrió y leyó lo que Gitte había anotado con su letra impersonal: «Tolstói nunca se lavaba —ponía—, y su mujer era frígida». El libro aún no tenía todas las páginas separadas. Al parecer, eso era todo lo que Gitte había sacado de su lectura, como si le hubiese arrancado al escritor su mayor secreto. Leía como un detective a la caza de pistas sin pensar en el conjunto siquiera por un instante. Las voces del sótano cobraron fuerza y, como si la impulsara una voluntad ajena a ella, Lise se arrodilló y acercó el oído a la tubería del agua caliente que comunicaba con el piso de abajo.

—Jamás sale de la casa. No me creas si no quieres, pero pretenden volverla loca. He oído al marido y a la chica hablando de ello.

Era una voz de hombre. El horror sacudió todo su cuerpo como un acceso de fiebre.

—Yo en su lugar iría a la policía. Es un delito. —Esta vez la

que hablaba era una mujer.

—No, lo más probable es que usen métodos legales. Creo que el marido es jurista.

—¿De qué habláis?

Era una voz vieja y chillona. Lise recordó que, según decía Gitte, la madre era sorda y siempre hablaban en su presencia como si no estuviese.

—Calla, bruja; esto no es asunto tuyo.

Se levantó con dificultad y se quedó observando la pared, que parecía salpicada de sufrimiento y dolor. El corazón le latía loco de pánico. Tenía que irse de allí antes de que la catástrofe la alcanzara. De repente, la venció un terrible agotamiento y se sentó en una silla. Necesitaba con desesperación un poco de paz e intentó imaginar el significado de ese concepto. Recordó las tardes de su infancia en que sus padres la dejaban sola en casa. Escribía versos en su cuaderno de poesía que no les dejaba ver. Pensó que ahora sus padres andarían preocupándose por cosas que no eran ella. La paz era no existir en la conciencia de los demás. Ahora ahí fuera estarían aguardando a que se tomara las pastillas. De niña siempre hacía lo que esperaban de ella los mayores, pero esta vez la rabia y el desafío se encendieron en su interior como una columna de fuego. No estaba lista para morir. Aún había algo que amaba. Vio la carita abatida de Søren. Crecía hacia un mundo de violencia y ella era su única y frágil salvaguarda. La fatiga y la desesperación la abandonaron. Los engañaría. Se tomaría las pastillas y después llamaría al doctor Jørgensen para que él la ingresara en el hospital. Allí quedaría fuera de su alcance. La rodearían gentes amables y en las otras camas habría mujeres con las que hablar de hijos y de amor, como hacía con Nadja cuando vivían juntas en su juventud. En los hospitales reinaba una paz blanca con aroma a éter, como cuando das a luz y cesan los dolores. Presa de una especie de euforia sombría, cogió el frasco de pastillas. Tendría que llevarse el teléfono a su cuarto sin que lo notaran. Le iba en ello la vida. Regresó por el pasillo de puntillas y dejó el frasco en la mesilla. Luego volvió a la cocina en busca de un vaso. Lo llenó de agua en el lavabo de su habitación. Después

sacó la clavija de detrás del aparador, colocó el teléfono en el alféizar de su ventana y se arrodilló para conectarlo debajo de la cama. Cuando encendió la lámpara del techo, la luz hiriente se le coló por debajo de los párpados como un líquido corrosivo. Se abrió la puerta del comedor y Gert gritó:

—¿Dónde andas? ¿No estaba el libro?

—Sí, ahora te lo llevo.

Corrió de nuevo al cuarto de Gitte, cogió el libro, volvió a toda prisa y se lo puso delante. Seguían viendo la tele, tenía que hacerlo todo antes de que terminara y antes de que volvieran Gitte y Mogens.

—Creo que voy a acostarme —anunció—, estoy cansadísima.

—Muy bien. Que descanses.

Él le lanzó una mirada de tristeza irónica. Así se despedía de alguien que estaba a punto de morir, pensó Lise. Gert solía decir que si hay algo que sobre en este mundo es gente y libros. Cualquier añadido no era más que una repetición. Y el amor, una enfermedad que luego se recordaba con escalofríos. La única excepción que hacía era el amor por los niños, porque estaba desprovisto de deseo. Pero también practicaba el deseo sin amor, que a menudo lo llevaba a preferir las putas a las amantes. Dejó de pensar en él al entrar en su cuarto después de mirar de reojo a Hanne, que, enfrascada en una película, se mordía la uña del pulgar.

Buscó en la guía el teléfono del doctor Jørgensen. La esperanza recorría su interior en forma de frases dulces y melodiosas; el horror se había echado a descansar como un perro en su cesta. Se desvistió y se puso el camisón. Se metió en la cama y se echó las pastillas en la mano. Eran blancas e inocentes, no las contó. Se las tragó sin pensar y bebió un poco de agua. No sabía cuánto tardaban en hacer efecto, pero tal vez no hubiese tiempo que perder. Levantó el auricular del teléfono y pidió que la pasaran con el número. Contestó una voz de mujer.

—¿Podría hablar con el doctor Jørgensen, por favor? —preguntó—. Soy Lise Mundus.

—Un momento.

Se oyó un zumbido a través del teléfono y una carcajada que parecía venir de varias personas. A lo mejor tenía compañía.

—Al habla el doctor Jørgensen. —Su voz sonaba jovial y llena de aplomo.

—Soy Lise Mundus. He tomado muchísimas pastillas para dormir y ahora no sé qué hacer. No me quiero morir.

—Bien —contestó él como si llevara tiempo esperándoselo—. Le envío una ambulancia de inmediato.

Luego se echó a reír como si acabaran de contarle el chiste del siglo. Lise se apartó el auricular del oído y se quedó mirándolo. Era el ruido del cristal al romperse en mil pedazos y se volvió a sentir abrumada por el miedo. Al colgar el teléfono, oyó la risa de Gert y Hanne por encima del sonido del televisor. El infierno la envolvió y escondió la cara entre las manos. Cuando las lágrimas le rodaron por las mejillas, fue como si la cara se le fundiera y se le escurriese entre los dedos.

5

Las pequeñas bailarinas danzaban por la hierba con la inocencia y la dulzura en los movimientos de quien aún conserva la leche materna en todos los miembros. Bailaban una melodía que solo ellas oían. El viento les levantaba las faldas resplandecientes y sus caras, delicadas e idénticas, compartían una misma expresión de grave embeleso que nada parecía capaz de perturbar. La hierba era más verde que cualquier hierba de este mundo a excepción de la hierba de la infancia, en las praderas de Søndermarken, donde pasaba los domingos tumbada boca abajo entre sus padres, que lo llenaban todo con su risa joven. Sin previo aviso, una sombra alargada se extendió por el prado como si un nubarrón ocultase el sol. Un policía gigantesco surgió de entre los árboles del fondo y se acercó a las pequeñas bailarinas con el paso rígido de un robot de cuerda. Ellas no parecían percatarse. Fue hacia una en el momento en que el aire le levantaba el tutú de color curri, dejando al descubierto unas piernas doradas cuyas pantorrillas se curvaban con una redondez de jovencita. Un destello cortó el aire y la niña cayó al suelo como una muñeca. El cuchillo le asomaba por la espalda y la sangre se extendía por la hierba como una flor roja y flameante. El policía manipuló con torpeza su bragueta y se arrojó sobre la pequeña muerta, cuyo rostro empezó a girar despacio como el de quienes duermen sin que ningún sueño los perturbe. Lise vio que era Hanne y quiso gritar, pero lo único que logró fue emitir un débil susurro. Las demás niñas siguieron bailando como si no hubiesen visto nada. Intentó levantarse, pero algo la sujetaba por la cintura. Después oyó una voz clara y autoritaria.

—¿Está despierta? —decía—. ¿Sabe usted dónde está?

Algo azul y blanco pasó revoloteando y de repente se encontró con una cara fresca y lisa como un huevo recién puesto

frente a ella.

—Sí —contestó con la sensación de tener las cuerdas vocales secas como paja.

La horrible visión se había desvanecido, debía de haberlo soñado. Decían que soñaba si veía u oía algo de lo que no les convenía tener testigos.

—Sí —repitió con dificultad mientras se colocaba una mano sobre los ojos a modo de visera para protegerlos de la luz—, pero no sé dónde estoy.

—Se encuentra usted en la unidad de intoxicados. Ha pasado cuarenta y ocho horas inconsciente.

De pronto lo recordó todo y sonrió aliviada. Se había zafado de ellos, había escapado de su recuerdo como un pez se escabulle por el agujero de una red rota. Para la chica con cara de huevo, ella no había existido antes.

—¿Cómo se llama? —le preguntó agradecida; y repitió la pregunta un poco más alto al ver que la enfermera se apartaba para concentrarse en un tubo de cristal lleno de un líquido morado y burbujeante que había junto a otra cama.

Allí una mujer desnuda de piel oscura y curtida como la de un indio dormía con la boca abierta. De entre los dientes le escapaba un silbido que recordaba al de los chicos de su calle cuando chiflaban con los dedos. Con una tirita le habían sujetado al dorso de la mano una aguja que, a través de un tubo, la unía al aparato donde el líquido subía y bajaba a un ritmo que requería toda la atención de la joven.

—Soy la enfermera Jensen.

Intentó girarse hacia ella, pero algo duro y rígido se le clavó en la cintura. Entonces vio que la habían atado a la cama con un ancho cinturón de cuero lleno de tuercas y tornillos. Se parecían a las insignias del cinturón *scout* de Mogens en sus tiempos de lobezno.

—¿Por qué estoy atada? —preguntó.

—Para que no se caiga de la cama. Siempre se está inquieto antes de despertar del todo. Enseguida la soltamos.

Se notaba que eran frases que había repetido miles de veces e

hicieron que Lise se sintiera culpable por no ser una suicida de verdad. También había engañado a esas personas y se había infiltrado en el sistema como un grano de arena en el mecanismo de un reloj que funcionaba. Al contemplar a la mujer inconsciente sintió la sombra de una pena extraña en los confines de su espíritu. Al menos podrían haberle cubierto los pechos. Los tenía flácidos y vacíos, como si hubiesen amamantado a muchos niños. Su cuerpo estaba repleto de moratones que parecían golpes, y Lise notó de pronto un dolor muy intenso en los lóbulos de las orejas. Se los palpó, pero le dolían tanto que los soltó de inmediato. En ese mismo instante descubrió que la enfermera Jensen le retorcía los lóbulos a la mujer mientras le observaba el rostro con mucha atención. Se contrajo en una mueca de dolor que pareció satisfacer a la joven.

—Ya no tardará en despertarse —anunció.

—¿Qué hora es?

Le habían quitado el reloj y tampoco conservaba las cadenas de oro del cuello y de las muñecas.

—Las once de la mañana. Cuando pase el médico, la trasladarán al hospital estatal, lo ha pedido el doctor Jørgensen.

Ese nombre despertó todo su miedo como una aguja punzante en una herida. Recordó su risotada al teléfono, había sonado como si al fin la hubiesen hecho caer en una trampa tendida hacía tiempo.

—No quiero ir —protestó asustada—. ¿Por qué no puedo quedarme aquí?

—Es usted paciente suya y él es el médico jefe del hospital estatal.

Nada más cerrar los ojos volvió a ver a las bailarinas, como si las tuviese pintadas dentro de los párpados. Danzaban sumidas en una dicha sobrenatural, estaba a punto de ocurrir aquel horror. Se apresuró a abrir los ojos. De seguir así, ya no podría volver a dormir. Otra vez le zumbaban los oídos. Descubrió que la mujer de la otra cama no tenía barbilla. El labio inferior se le fundía con el cuello, como si fuese un animal. Qué crimen devolver a un ser tan deforme a la vida que había intentado abandonar.

Un médico entró por la puerta y se dirigió a su cama. Traía cara de haber tomado una importante decisión.

—Vaya, ya se ha despertado —dijo sentándose en una silla junto a ella—. ¿Está usted completamente despejada?

—Sí —contestó.

—¿Podría contarme por qué lo hizo?

Lise le miró a los ojos. Tenía las pupilas rodeadas de blanco por todas partes como un huevo frito.

—Necesitaba con todas mis fuerzas ver caras nuevas —respondió con franqueza.

Él dio un respingo como si le hubiese picado una avispa.

—No es momento para bromas —dijo glacial como el hielo—. Al Estado le cuesta ciento diez coronas al día tenerla a usted aquí.

Tras lanzarle una mirada que daba a entender que acababa de perder un amigo de por vida, pasó a ver a la mujer inconsciente, cuyas mejillas empezó a abofetear de forma tan metódica y desapasionada como un carnicero que intenta ablandar una pieza de carne. Luego abandonó la sala después de intercambiar unas palabras con la enfermera Jensen que Lise no alcanzó a oír.

—De niña —dijo afligida—, la gente siempre se reía de mí cuando me ponía seria, y si decía algo divertido se enfadaban conmigo. Pero el doctor se equivoca, no pretendía hacerme la graciosa.

—Pues lo parecía —replicó la enfermera Jensen con frialdad —. Pero no hay por qué darle más vueltas al tema, la ambulancia no tardará en llegar.

Estaba de más allí, había envenenado el ambiente. En el hospital estatal vigilaría muy mucho sus palabras, como a niños que soltaban lo primero que se les pasaba por la cabeza. Además, también hasta ahí había llegado algo, el estruendo en los oídos, las voces reprobatorias, las imágenes del dorso de los párpados. Anhelaba llegar a un lugar intacto, un territorio virgen aún no hollado por sus pies, una senda sin memoria recorrida por un tropel de parejas de enamorados a quienes ella les importase menos que la uña del dedo gordo de su pie.

—Me hago pis —advirtió en tono infantil—, ¿podría quitarme

el cinturón?

La enfermera Jensen se acercó y sacó una llave de un manojo enorme que llevaba atado al delantal.

—Apóyese en mí —dijo—, a lo mejor se marea.

El suelo estaba muy bajo y le dolían las piernas, como de niña después de toda una noche creciendo. La enfermera se quedó apoyada en la puerta abierta del baño, esperando a que acabase. Una mujer gorda como un tonel entró en la habitación de baldosas blancas. Llevaba el camisón de cuadritos rojos del hospital y Lise se topó con ella de manos a boca cuando se estaba bajando la faldita blanca.

—¡Lise! —exclamó—. ¿No me conoces? Soy Minna. Íbamos a la misma clase. Y pensar que te has hecho famosa. Con lo tonta de remate que nos parecías a todas. Lo que puede una equivocarse.

Se la veía asombrada, como si la gordura la hubiese atacado por la espalda cuando menos lo esperaba. Rebuscando en el fondo de su cara, era posible encontrar las facciones de una niña de hermosos ojos castaños con dos trencitas morenas.

—No tendrás un cigarrillo —prosiguió presa de la abstinencia de nicotina.

Se echó a reír haciendo que le retemblase la papada.

—Aquí está prohibido —añadió—, cero cigarrillos. Es horrible. Aunque peor aún es no tener pintalabios. No fui persona hasta que me lo trajeron.

Lise se palpó los labios, resecos y llenos de ampollas pequeñas y dolorosas.

—Vamos —la urgió la enfermera Jensen con impaciencia—, que ya ha acabado.

De nuevo acostada, su pasado se alzó frente a ella como un muro que ha perdido la casa contigua en que se apoyaba. La observaba con toda la vulnerabilidad de la infancia. Rezumaba humedad, lágrimas o lluvia. De repente ardió en deseos de estar en otro lugar, lejos de su compañera de clase, de la mujer inconsciente y animalesca y de las bailarinas felices que tenía debajo de los párpados.

—Bueno —anunció la enfermera Jensen—, ya ha llegado la

ambulancia. No se preocupe, seguro que la internan en un pabellón abierto.

Dos hombres uniformados se la llevaron en una camilla. La envolvieron con mano experta en una manta roja y bajaron la camilla con cuidado por las escaleras. Ya en la ambulancia, uno de ellos la sostuvo de la mano. Tenía la boca torcida, como si hubiese sufrido una parálisis facial. Había un silencio digno de una catedral. La suave llama de la esperanza ardía en los ojos del joven, claros y vivaces como los de Søren. Apretó la mano de Lise en un gesto íntimo y ella pensó que pronto estaría en una cama blanca rodeada de mujeres dulces y afables con quienes hablar a media voz de hombres y de amor. La mirada del joven la acarició, y cuando cerró los ojos ya no vio a las bailarinas. El sueño la acunó en sus brazos como en agua tibia y cuando el hombre le soltó la mano, no se dio cuenta.

6

Aún perduraba el silencio de la ambulancia, pero tenía la sensación de que solo quedaba una cantidad limitada y cualquier movimiento brusco podría consumirlo antes de tiempo, como cuando los hombres aprisionados en un submarino tenían que ahorrar oxígeno. Desde la cama, estudiaba la penumbra en un intento de orientarse. La habitación era amplia y de techo alto, y las camas parecían barcos con velas blancas que se mecían con suavidad en un mar en ese instante en calma. La enfermera había dicho que no debía hacer ruido porque las demás pacientes dormían la siesta. Unos paneles de madera hasta la altura de la barbilla dividían el espacio en compartimentos abiertos de cuatro camas. Había un pasillo ancho en el centro donde dos enfermeras cuchicheaban sentadas a ambos lados de una mesa. El cabecero de su cama estaba apoyado contra uno de los paneles. Afuera llovía y dentro de ella revoloteaban unos versos en su dulce camino por el mundo:

Llora en mi corazón
como llueve en la ciudad;
¿qué es esta languidez
que penetra mi corazón?[1]

La poesía era lo único que tenía para ella sola en casa, pues para Gitte era un territorio vedado, como la música clásica, que a sus oídos no era más que ruido. Cerró los ojos, pero no tardó en volver a abrirlos, porque las niñas danzaban detrás de sus párpados y había que protegerlas de los horrores del mundo. ¿Por qué había tenido que hacer que el sádico de su libro fuese un policía? No convenía indisponerse con el brazo de la ley, quién sabe cuándo

podía necesitarlo. Las enfermeras cuchicheaban demasiado fuerte. Sonaban como una olla a punto de hervir. A sus oídos llegaron unas frases sueltas que parecían salir de la almohada.

—Así, en persona, es feísima. Nadie lo diría viéndola en las fotos.

Sintió que la sangre le encendía las mejillas. Ya no era dueña de sí. Fuese adonde fuese en busca de refugio, se habían formado sin ningún recato una imagen suya en la que poco podía influir. Si adviertes que tu nombre está en boca de otras personas, había escrito Rilke en algún sitio, toma otro. Se palpó la cara con los dedos como para cerciorarse de que no se la habían quitado mientras estaba inconsciente y no podía cuidarla. Tenía la piel fría y seca, y las ampollas de los labios empezaban a romperse y supurar un líquido claro que le corría despacio por la barbilla. Tenía una sed terrible, pero aún le hacía más falta un cigarrillo. Cayó en la cuenta de lo desposeída que estaba. Sin cigarrillos, sin dinero, sin ropa, sin pintalabios, peine ni cepillo de dientes. Gert no le llevaría nada de eso, porque se ponía malo con solo pisar un hospital. Una vez había ido a visitar a su madre, que estaba ingresada, y se había desmayado al subir las escaleras. El olor a hospital le daba náuseas y lo dejaba sin aliento. Al volverse hacia el otro lado con precaución, Lise oyó una carcajada juvenil junto a su oído.

—«Estamos preguntando a una serie de mujeres destacadas» —dijo una voz irónica; habían descubierto que se había colado entre esas mujeres como quien se cuela por la frontera con un pasaporte caducado tiempo atrás.

Ella no destacaba y no tenía la culpa de que los adultos leyeran su libro. Levantó la cabeza, vigilante, y palpó la almohada; de allí salía la voz, alguna explicación plausible habría. A través de la funda notó un objeto duro y redondo del tamaño de una moneda de cinco coronas. Era, sin duda, un micrófono, y más furiosa que asustada se incorporó en la cama.

—Señorita —llamó en voz alta sin preocuparle despertar a las demás—. Llévese este micrófono, lo he encontrado.

Una de las enfermeras acudió como una flecha.

—*Chsss* —susurró—. ¿De qué está hablando?

Lise le puso la almohada delante de las narices.

—El micrófono —repitió—, lléveselo.

—No hay ningún micrófono —replicó la joven con calma—. Aún tiene sustancias tóxicas dentro del cuerpo, eso es todo.

—Mire esto.

Palpó la almohada con mano febril en busca del objeto redondeado, pero se había esfumado. Perdió aplomo.

—Esas sustancias tóxicas... —preguntó en voz baja—, ¿cuándo desaparecerán?

—Dentro de unos días —respondió la joven con mucha amabilidad—. Mientras tanto, tiene que estar tranquila, de lo contrario habrá que ingresarla en el módulo de aislamiento.

La enfermera descorrió las cortinas. Una luz gris irrumpió en la sala y en las camas de alrededor empezó a haber movimiento. Del edredón de al lado emergió algo peludo, y una mujer con cabeza de asno se quedó mirándola con unos ojos húmedos y animalescos inyectados en sangre.

—Buenos días —saludó—. Soy la señora Hansen, ¿cómo se llama usted?

Espantada, se volvió hacia el otro lado sin contestar. Otra cabeza de asno la observaba con atención. Se tumbó y se quedó mirando al techo estremecida de horror. Sabía que había establecimientos llenos de seres deformes y monstruosos ocultos al mundo que vivían y morían sin que jamás los viera nadie más que el personal. ¿La habrían internado en uno de ellos? Pensó en aquel «módulo de aislamiento» y deseó estar allí sin saber muy bien qué significaba: otro lugar, otra realidad en la que tal vez fuese posible existir. Por el momento tendría que hacer como si nada, como cuando te topas con una persona con labio leporino o mal aliento. Era lo más discreto.

—Ahora va a tomar usted un chocolate.

Era la enfermera. Su cara parecía un dibujo infantil garabateado en el margen de un cuaderno sin prestar mucha atención. La muchacha intentaba rellenarlo desde dentro, como cuando metes los dedos en un guante para ver si a pesar de todo te

vale. Trataba de estar a la altura de la apariencia que el mundo cree que han de tener las jóvenes, y sus ojos redondos rebosaban buena voluntad y temor a equivocarse.

—Venga —dijo sacando una bata blanca—. Creo que le vendrá bien beber algo.

Se dejó conducir hasta una mesa en el otro extremo de la sala. A su alrededor estaban las mujeres-animales; una de ellas tenía una cara humana tan barata y *prêt-à-porter* como la de Gitte. Llevaba puesto el camisón del hospital, como las demás, y se estaba fumando un cigarrillo. Lise sintió que fumar le vendría bien. Le aclararía las ideas, que era lo que más le urgía en esos instantes.

—¿Le importa que le coja un cigarrillo? —preguntó señalando hacia el paquete que había sobre la mesa.

La mujer se lo pasó sin contestar. Volviéndose hacia las otras, dijo:

—Lo de siempre con las nuevas. Van pidiendo cigarrillos y luego ya no les vuelves a ver el pelo. Dinero no tienen nunca, y cuando quieres darte cuenta, las dan de alta y adiós. Es de libro.

¡De libro!, pensó abatida. Ella, que no publicaba nada desde hacía ya dos años.

—No se preocupe, se lo pagaré —aseguró con la mayor humildad—. En casa tengo dinero.

Encendió el cigarrillo con un mechero que había sobre la mesa e inhaló con fuerza. Sintió un vértigo benéfico y sonrió con cautela a la cara humana.

—¿Cuál es su cama? —preguntó entonces por decir algo.

—La de detrás de la suya. Podemos hablar bajito a través de la pared. Con la de antes lo hacía.

Una sonrisa se retorció como un gusano en sus labios, que después volvieron a quedar como si no hubiese pasado nada.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —preguntó uno de los asnos.

—Leer en la cama, ¿qué otra cosa se puede hacer en este rollo de antro?

Tendría que acostumbrarse a esa jerga, como cuando de niño se llega a una clase nueva. Tendría que acostumbrarse a los asnos con cuerpo de mujer y a la que no era un asno, que, por algún

motivo, era la que más miedo le daba.

Otra enfermera de cara caduca y cansada se acercó y la tomó del brazo.

—Vamos, es hora de acostarse —dijo—: y aún no puede fumar, se me ha olvidado avisarla.

Obediente, se dejó llevar a la cama y antes de tumbarse le dio la vuelta a la almohada. Al cabo de un rato vio que la otra paciente regresaba a su sitio del otro lado de la pared con una revista en la mano. Oyó un susurro al oído:

—Te tenemos calada. Antes de escribir un libro te dedicas a mirar los libros de los demás, esos que escriben los que saben de lo que hablan. Afanas una frase de cada uno y luego las juntas todas como un rompecabezas y haces creer a la gente que lo escribes todo tú.

—¡Eso es mentira!

Hecha una furia, se levantó de la cama y corrió al otro lado de la pared, donde la mujer maligna estaba cómodamente instalada en su cama fingiendo que leía.

—Eso es mentira —repitió estrellando contra el suelo el pie descalzo—. Yo nunca he plagiado nada. Eso solo son rumores que han propagado los envidiosos.

La mujer dejó la revista y se quedó mirándola con unos ojos pasmados e inhumanos como los de un peluche.

—¿De qué está hablando? —exclamó—. Si yo no le he dicho a usted ni media palabra después de darle ese cigarrillo.

Lise saltó sobre ella como cuando en el colegio la molestaban las niñas en el patio. Le clavó las uñas en la cara y contempló con furiosa satisfacción cómo brotaba la sangre de dos largos arañazos.

La mujer trató de protegerse el rostro con las manos en medio de fuertes gritos. La enfermera llegó corriendo y apartó a Lise por la fuerza.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó enfurecida—. ¿Por qué ataca de esa forma a la señora Halvorsen? Vaya a acostarse, ahora mismo me encargo de que la lleven al módulo de aislamiento. Este pabellón es solo para pacientes tranquilas.

Con la respiración entrecortada, se dejó conducir a la cama

sin oponer resistencia. Esa arpía había recibido su merecido. Hubiese lo que hubiese en el módulo de aislamiento, no podía ser peor que todo aquello.

—¿Ahí también hay asnos? —preguntó con malicia.

La enfermera se alejó sin contestarle. Lise se quedó en la cama mirando al techo con el corazón palpitante. Era cierto que una vez había robado una frase de un cuento de los hermanos Grimm y la había utilizado en uno de sus libros infantiles. Cada vez que lo recordaba se llenaba de vergüenza y miedo a ser descubierta. Ahora que sus pensamientos galopaban desbocados, sentía que todos lo sabían y que, como en el cuento de Andersen, unas plumitas se habían convertido en cinco gallinas. La habían descubierto sin piedad y ya no habría paz en el mundo.

—Venga, la esperan en la consulta.

Metió los pies en las zapatillas cuadradas que la joven le ofrecía y se dejó envolver en la bata y conducir hasta una puerta donde ponía SALA DE EXPLORACIÓN. Al otro lado del escritorio, una mujer con una bata blanca hojeaba unos papeles.

—Siéntese —dijo sin más señalando hacia una silla.

La doctora la observó en silencio unos instantes. Tenía una cara frágil y vidriosa, como si un estornudo a dos metros de distancia fuese a romperla en mil pedazos imposibles de pegar. Intentar que no ocurriese debía de requerir toda su atención.

—¿No le da vergüenza arañar en la cara a otra paciente? —preguntó con lentitud.

—¿Vergüenza? —exclamó Lise perpleja—. ¡Si usted supiera lo que me ha dicho!

—¿Qué le ha dicho?

—Ha sido por un cigarrillo —mintió—. Me ha dado uno y luego me ha acusado de no tener intención de pagárselo.

—Ya veo. —La mujer jugueteaba con un abrecartas con aire distraído—. Pues lo único que ha sacado con todo esto es un traslado al módulo de aislamiento. Es usted muy indisciplinada y no puede estar aquí.

—No me importa —aseguró con terquedad—, allí por lo menos no estará ella.

La doctora se levantó y fue hacia la puerta.

—Quédese aquí —ordenó—, voy a llamar a la enfermera.

Poco después entró la joven de la cara inacabada y dijo con aparente jovialidad:

—Vamos, señora Mundus, se traslada.

Con su enorme manojo de llaves tintineantes abrió la puerta que había al final del pasillo. Lise vio otro corredor donde las camas estaban tan juntas que debía de ser difícil pasar entre ellas.

—¿Hay alguien aquí? —gritó la joven—. Traigo una paciente nueva.

A lo lejos apareció una silueta que se acercaba a ellas con paso leve, como si caminara sobre suelas de goma. Antes de que llegara, Lise oyó que cerraban con llave la puerta a su paso. Entonces dejó escapar un grito y se tapó la boca con las manos; los ojos le dolían como si los abrasara un foco ardiente.

Estaba cara a cara con Gitte.

7

—¡No chilles de esa manera!

Gitte intentaba agarrarla, pero ella se aplastaba contra la puerta cerrada con los brazos extendidos como si estuviese pintada en ella.

—Gitte, ¿qué haces tú aquí? —preguntó—. No sabía que fueses enfermera.

—Yo no me llamo Gitte. Soy la señorita Poulsen.

Lise contempló aquellos ojos pegados bajo las cejas juntas, la nariz chata y la boca ancha de gesto voraz. Le pareció que la sangre se le helaba en las venas y el corazón le brincaba por el cuerpo como un pájaro que intenta huir de su jaula.

—Vamos.

Había aparecido una segunda enfermera y entre las dos le tiraron de los brazos en un intento de apartarla de la puerta.

—¡No! —gritó ella soltándose—. Puedo ir yo sola.

Nunca había soportado que Gitte la tocara.

Echó a andar entre ambas con las piernas temblorosas como una detenida. Por el pasillo vagaban figuras informes y una de ellas, una anciana, se interpuso en su camino y le tocó la bata con suavidad.

—Manfred —gimió—, ¿has venido a buscarme?

—Aparte —ordenó Gitte—, no es Manfred.

Estoy entre locos, pensó; en ese instante, la voluntad de sobrevivir se encendió en ella como una llama. Había que conservar el juicio a toda costa, así no podrían hacerle daño. Se echó en la cama que le indicaron y dejó que la atasen con el cinturón. Se le clavaba en la carne y estaba tan ajustado que le costaba darse la vuelta. Cuando se alejaron las oyó reír.

—Listo —dijo Gitte—. Le toca a la siguiente.

Las vio desaparecer en el punto donde el pasillo se bifurcaba. Poco después volvieron arrastrando a una anciana completamente desnuda. Chillaba.

—¡Aún no! —decía—. ¡Aún no me toca! No quiero que me ahoguen.

Entre risas, se la llevaron a rastras por una puerta. Las pacientes que deambulaban sin rumbo por la sala no parecieron reparar en la escena, como si se tratase de algo de lo más cotidiano.

—¿Qué le van a hacer? —gritó Lise—. ¿Qué ocurre aquí?

—Así es como arreglamos los problemas con las viejas aquí dentro —dijo la voz de Gitte pegada a su oído—. ¿No la has reconocido? Es la sorda del sótano. No hay asilos suficientes y alguien tiene que resolver los problemas sociales.

La voz salía de la almohada, de modo que empezó a examinarla. No le sorprendió encontrar otro micrófono bajo la funda. Lo agarró mientras trataba de retirarla. Necesitaba pruebas. Se lo mostraría al doctor Jørgensen, que ignoraba los delitos que se cometían allí.

—Siempre escogemos a la más vieja —dijo la voz, divertida —; algún día te llegará el turno a ti.

Una mujer baja y gorda con la demencia escrita en la mirada diluida se acercó y le pasó los dedos por la cara. Lise soltó la almohada y chilló de espanto. Chilló como si nunca fuese a callarse y sus dos verdugos se acercaron corriendo.

—Al baño con ella —dijo la que no conocía—, se ve que no hay más remedio.

Aquella palabra acrecentó su horror, pero dejó de chillar mientras sacaban su cama por la misma puerta por la que había desaparecido la anciana. Cerró los ojos y las oyó reír como si lo estuviesen pasando en grande.

—Bueno —dijo Gitte—, aquí está por fin.

Al oír que la puerta se cerraba, abrió los ojos con lentitud. Estaba sola en un cuarto de baño enorme apenas iluminado por un ventanuco alto. En el centro había una bañera honda y anticuada con patas de león y el fondo oxidado. Por las paredes corrían un

sinfín de tuberías a diferentes alturas, y había además dos rejillas, una muy arriba y la otra cerca del suelo. Las recubría una espesa capa de polvo. Sintió alivio al verse a solas y centró todas sus fuerzas en pensar en el mundo del exterior. Lo regía un sistema bien organizado y había muchas oficinas llenas de gente que se encargaba de administrar la ley. Ella mostraría al mundo los crímenes horrendos que se cometían allí. Escribiría al ministro de Justicia para que investigase el asunto de inmediato. Con el pulgar metido entre el cinturón y la ropa, se dio la vuelta con precaución. Entonces oyó un ruido en las tuberías, igual que en casa, y una voz que decía:

—Tápate la boca, te apesta el aliento.

Se tapó la boca y empezó a sudar de pies a cabeza.

Era la voz de Gert, que salía de algún lugar detrás de las cañerías. Recordó las palabras del hombre del sótano: pretenden volverla loca. Pero ¿por qué? ¿En qué consistía el plan?

—Hace lo que se le dice. —Volvía a ser Gert—. Yo creo que ya va aprendiendo.

—Todavía no —dijo Gitte con tristeza—. Lo habría aprendido en casa, hice todo lo que pude. Mira hacia aquí, Lise.

Volvió la cabeza y clavó la vista en la rejilla baja. Al otro lado estaba la cara de Gitte.

—Si hubieses comprendido los nuevos tiempos —dijo con dulzura—, me habrías tenido cariño. Era cuanto deseaba. Y ahora no estarías aquí.

Se incorporó hasta quedar apoyada en un codo mientras la esperanza envolvía sus pensamientos con un ribete de luz.

—Te tenía mucho cariño —dijo en voz baja—, es que tú no me entendías. Cuando vuelva a casa te lo demostraré.

La cara se desvaneció y las cañerías sonaron como si alguien corriera por ellas tocando el tambor.

—¿Has visto qué mansita se ha quedado? —gritó Gitte en tono triunfal—. Cree que va a volver a casa. Como si alguna saliese viva de aquí.

—Va a tener su gracia cuando venga Jørgensen —dijo Gert.

—Pienso contárselo todo —los amenazó Lise—. Él se

encargará de sacarme de aquí. Os hará pagar por esto.

—Él se ha encargado de meterte —aseguró Gert con sarcasmo —. ¿Es que no te das cuenta de que es él quien está detrás de todo esto?

Calló espantada al recordar la risotada del teléfono. ¿En quién podía confiar ya?

—Nadja —dijo—, la llamaré y le pediré que venga.

Gitte dejó escapar una risa malvada.

—¿Llamar? —preguntó—. ¿Y cómo piensas hacerlo? Además, ¿quién te convenció para que lo llamaras a él? Sí, Nadja te dijo que era tu amigo, yo la oí con claridad.

Recordó la conversación con Nadja y de pronto la vio como parte de un gigantesco plan cuyo propósito debía desentrañar. Al cerrar los ojos, encontró una oscuridad que era una bendición. Las niñas ya no estaban. Se había quedado despiadadamente sola y desvalida en un mundo de maldad. Sin embargo, si conservaba el juicio, aún había esperanza. Tarde o temprano, alguien entraría por la puerta y descubriría el crimen. Alguien ajeno a todo que creyese en su palabra y la ayudara a hacer justicia. La gente empezaría a preguntarse qué había sido de ella. ¿Desde cuándo estaba ahí? Había perdido la noción del tiempo, como cuando te sientas en el sillón de un dentista. Tenía que salir de allí antes de que fuese demasiado tarde. No podían retener a una persona sana contra su voluntad.

La puerta se abrió dando paso a Gitte con su bonito uniforme. La blanca cofia almidonada de su cabeza parecía una aureola. Llevaba en la mano un vaso con un brebaje rojo que dejó en un taburete junto a la cama.

—Bébase esto —dijo en tono afable—. Necesita muchos líquidos. Es zumo.

Lise se quedó mirando el vaso y sintió que la sed le atenazaba las entrañas. El brebaje tenía unos posos oscuros y de pronto tuvo la certeza de que era veneno. Querían asesinarla como a la vieja.

—No tengo sed —dijo sin apenas poder separar los labios de lo resecos que estaban—. No os va a ser tan fácil acabar conmigo, Gitte.

Observó con rabia aquella cara de suficiencia y pagada de sí misma que parecía prendida a la cofia con alfileres invisibles.

—No me llamo Gitte. ¿Cuántas veces voy a tener que repetirlo?

Cerró la puerta al salir y no tardó en oírse su voz entrecortada en las cañerías.

—No va a bebérselo, maldita sea; con lo sencillo que habría sido. A lo mejor lo consigue Jørgensen.

La voz no había hablado mientras Gitte se encontraba a su lado porque no podía estar en dos sitios al mismo tiempo. Cuando estaba detrás de la rejilla baja, la voz venía de ahí. O sea, que no estaba loca, se dijo Lise. Al contrario, nunca había sentido que el cerebro le funcionase con tanta claridad y tanta lógica. Debía de haber largos pasillos detrás de las tuberías a los que se accedía desde fuera. Y orificios a través de los que la veían. Ahora hablaban y se reían, y Lise hacía lo imposible por no oír lo que decían. Había que tener paciencia y poner a mal tiempo buena cara. Pero se moría de sed. Observó la ponzoña venenosa que había dentro del vaso relamiéndose los labios.

—Fíjate en esas ampollas —dijo Gitte con asco—, parecen moscardas.

Intentó recordar un poema, pero todos se habían borrado y los buscaba como un niño su chupete.

—Arde una vela en la noche —escupió Gert con odio, y Gitte continuó:

—Arde solo para ti.

Lise enrojeció de vergüenza y furia. Era uno de sus poemas.

—Son horribles —dijo Gitte—, vomitivos. Nunca ha sabido entender la modernidad. La juventud se mofa de ella.

La puerta volvió a abrirse y entró el doctor Jørgensen con una bata blanca. Tenía hombros como perchas y la cara, agotada, le caía hasta tan abajo que le tapaba casi todo el cuello. Se sentó en el taburete y apartó un poco el vaso. Sus ojos castaños estaban llenos de compasión.

—Bueno —comenzó en tono amigable—, me dicen que ha estado un tanto inquieta.

—No sé qué tiene de raro —replicó ella indignada—. Aquí ocurren las cosas más espantosas. Matan a las pacientes mayores, lo he visto con mis propios ojos.

—Se equivoca —aseguró él con calma—. Lo que sucede es que sufre pequeñas alucinaciones.

—Ahí tienes —intervino Gert—. Estás para que te aten.

Observó con detenimiento el rostro del médico, pero él ni pestañeó a pesar de que era imposible que no lo hubiese oído. Tal vez fuese el más peligroso de todos ellos, tendría que tener cuidado con lo que le contaba.

—Quiero marcharme de aquí —le dijo—. Debe usted darme de alta.

—No. No mientras siga enferma.

Se le encendió una luz en el cerebro. Él sabía que pretendía presentar una queja ante el ministro de Justicia, pero si lograba convencerla de que estaba enferma, no tendría motivos. Horrorizada, comprendió que había visto y oído demasiadas cosas y que jamás la dejarían salir de allí.

El médico le dio unas palmaditas en la mano, pero ella la apartó.

—¿Qué le pasó en casa antes de tomarse las pastillas? —preguntó—. ¿La asustó algo? ¿Algo relacionado con su marido, tal vez?

—Sí, algo relacionado conmigo. —Gert aullaba de risa por las tuberías—. ¿Por qué no se lo cuentas? ¿No confías en él?

—No —respondió ella con firmeza—. Solo es que estaba nerviosa y extenuada, nada más.

—Bueno, bueno. Ya hablaremos de eso cuando se sienta mejor. Ahora debe beber, tiene las mucosas muy secas. Tómese esto.

Le acercó el vaso a la boca y ella echó atrás la cabeza con brusquedad y apretó los labios con firmeza.

—Sabe perfectamente que es veneno —dijo.

—No —replicó él con aire grave—, no es cierto.

Dejó el vaso y se quedó mirándola pensativo. Ella recordó todas las veces que la había ayudado en momentos de apuro. ¿De

verdad se había aliado con los demás en su contra? ¿Por qué?

—Le hacía falta dinero —le explicó Gert, que ahora respondía también a sus pensamientos. Sería telepatía—. Lo ha invertido todo en la construcción y ahora está endeudado. Ha sido una estupidez por tu parte no traerte la chequera.

El médico no movió un músculo. No podía ser mejor actor.

—He estado hablando con su marido —dijo mientras se ponía en pie—. Me ha contado que hace ya algún tiempo que no está usted bien. Que no se atrevía a salir a la calle, por ejemplo. Pero le prometo que las cosas van a mejorar. Van a darle algo para que duerma.

Salió y los de las cañerías rieron triunfantes.

Entró una nueva enfermera y encendió la luz. Le tendió la mano.

—Buenos días —saludó—. Soy la señora Nordentoft. Si necesita una cuña, no tiene más que darme una voz.

—¿No puedo ir al cuarto de baño? —preguntó Lise abatida.

—No. El médico ha dicho que por el momento no se le puede quitar el cinturón.

La enfermera desapareció y la luz la calmó un poco. Las cosas mejoraban a última hora de la tarde; al menos se irían a casa a dormir. Buscó una cara en la que encontrar algo de sosiego y recordó el semblante matinal de Søren con sus bigotes de leche. De repente, lo oyó llorar desesperado: mamá, mamá, gritaba, ven a ayudarme.

Presa del pánico, miró a su alrededor. Descubrió su cara al otro lado de la rejilla alta. Estaba bañado en lágrimas y tiraba de la reja con los deditos como si fuese a arrancarla.

—¡Søren! —gritó horrorizada—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—Es Gitte —gimió él—. Me apaga los cigarrillos en la espalda.

La cara de Gitte apareció por detrás de la de Søren y se quedó mirándola.

—No te metas —dijo—. No sientas nada. No te preocupan los niños bombardeados en Vietnam porque tú solo quieres a los tuyos.

La gente como tú es la que causa todas las desgracias del mundo. Si consigues que Søren te dé igual, podrás volver a tu casa. Estarás curada.

Lise empezó a gritar como una condenada y se tapó el rostro con las manos. Unas llamas rojas le ardían detrás de los párpados y sus lágrimas no bastaban para apagarlas.

8

Afuera llovía aún. Llovía desde un cielo que no volvería a ver. Era el cielo de su infancia, el que el lucero de la tarde agujereaba con su hilillo de luz clara al caer en el alféizar de la ventana del dormitorio, donde ella se sentaba con las piernas encogidas, perdida en dulces ensueños. Detrás estaban la oscuridad, el miedo y el olor a sudor, a sueño y a polvo. Detrás estaba la cama, con su edredón frío, húmedo y plomizo como la tapa de un ataúd. Detrás estaban las vagas voces nocturnas de su padre y su madre desde ese mundo sexuado que ella no entendía. Detrás estaba la noche aprisionada, fermentando como la compota en un tarro sin aire.

Las cañerías estaban en silencio, pero la cara de Gitte apareció tras la rejilla de las negociaciones, la de abajo, la que menos la asustaba. Mientras permaneciese ahí, Søren estaría a salvo.

—En los kibutz —dijo con nostalgia— los niños son de todos. Las madres no quieren a sus propios hijos más que los de las demás. Es como con las fieras en las manadas. Las crías de los leones se amamantan de la hembra que les queda más a mano, y a ella le da lo mismo ser su madre o no.

—Siempre sobrevaloramos la importancia de aquello que no tenemos —sentenció Lise—. A mí mi madre no siempre me ha entusiasmado.

—A mí tampoco. —La voz infantil de Hanne, llena de rencor, resonó en el micrófono de la almohada, junto a su oído—. Si supieras cómo envidiaba a mis amigas porque sus madres hablaban con ellas al volver de clase. Yo tenía que leerme esos capítulos tuyos asquerosos que me tenían hasta el moño. Tú creías que trataban sobre mí, pero siempre escribías sobre ti misma. Eres lo único que ves en este mundo.

—Y por eso te vengaste —dijo Lise en voz baja sintiendo una punzada de culpa en el corazón.

—Sí, por eso se vengó. —Era la voz de Gitte en la cañería.

Entró la enfermera Nordentoft. Lanzó una mirada de desaprobación al vaso intacto.

—Tiene que beber —le advirtió en tono severo—. ¿Qué prefiere? ¿Agua, leche, té? No importa que no coma, pero no podemos dejarla morir de sed. Eso no puede ser.

—No —dijo Gert—, tienes que beber algo. Y adiós a tus sufrimientos.

Se echó a reír y la enfermera representó su papel tan bien como antes lo había hecho el doctor Jørgensen. Lise tenía la lengua hinchada y dolorida y hablaba con dificultad.

—No tengo sed —aseguró—, pero ¿no podría aflojar un poquito el cinturón? Se me está clavando como un cuchillo.

La señora Nordentoft lo palpó y sacó una llave.

—Sí —accedió—, no hace falta que esté tan apretado.

Lise levantó la vista hacia sus ojos grises, que no eran del mismo tamaño.

—¿No me puedo fumar un cigarrillo? —preguntó.

—No, se quemarían las sábanas.

Cuando salió la enfermera, Lise percibió un olor a quemado. Se incorporó y vio con horror que unas llamitas voraces salían del edredón.

—¡Fuego! —gritó—. ¡La cama se quema! ¡Socorro!

El fuego se extendía con rapidez y se acercaba a su cara.

Chilló a pleno pulmón y tiró del cinturón para soltarse.

Volvió la señora Nordentoft.

—¿Ahora qué pasa? —quiso saber—. ¿Por qué chilla usted así?

—La cama —contestó Lise temblando de pies a cabeza—. Se está quemando.

—Bobadas —replicó la otra pasando la mano por el edredón.

Las llamas se atenuaron hasta desaparecer sin dejar el menor rastro.

—Ahora traigo su inyección. Se dormirá usted enseguida.

Regresó acompañada de Gitte, que llevaba en la mano una jeringa llena.

—¿Será la última? —preguntó como si hablara consigo misma —. Así terminaríamos de una vez.

—No —suplicó Lise aterrorizada—. No me mates ahora. Haré lo que me digáis, pero dejadme vivir solo por esta noche.

—No. Cada vez que me acuerdo de todo el pan que me has obligado a hacer a tus asquerosos críos porque a ti no te apetecía mover un dedo...

—Yo no sabía que te molestaba —insistió desesperada, pero ya habían apartado el edredón. Se revolvió en el cinturón y gritó como se grita para despertar de una pesadilla atroz.

—Ya está bien de numeritos. Si lo hacemos por su bien.

Notó un dolor fugaz en el muslo y, ya sin fuerzas, se dejó caer de costado gimoteando como un perro apaleado.

—Deja de lloriquear —ordenó Gitte—. Esta vez no iba en serio. Aún no vas a morir. Nos estamos divirtiendo demasiado.

—Cierre los ojos y duerma. Así la dejaremos en paz.

Al cerrar los ojos se topó con Gitte con una pancarta. Permanecía tan inmóvil como una diapositiva y en la pancarta ponía con letra infantil: ¡PROHIBIDO DORMIR! Se apresuró a abrir los ojos y en ese instante entró la señora Nordentoft y apagó la luz.

—Buenas noches —se despidió—, que descanse.

La oscuridad era tan densa que se podía cortar. Le cubrió la cara como una mano sudorosa. De pronto, sintió un agotamiento mortal y sus pensamientos salieron volando como globos con el cordel suelto.

—Nunca he entendido —comentó Gert— por qué no se ha echado un amante.

—Porque es lesbiana —replicó Gitte—. Está enamorada de Hanne.

De repente oyó un zumbido junto a la cama.

—Ahora vas a oír la cinta, mamá —anunció Mogens—. Metí el magnetófono debajo de la cama de Hanne. Gitte y yo te la poníamos cuando te dormías.

—¡No! —exclamó ella—. Mogens, ¿cómo has entrado? ¿Por

qué me haces esto?

Extendió los brazos para agarrarle, pero estaba fuera de su alcance. El zumbido cesó y las carcajadas de Gert y Hanne llenaron el mundo entero.

—He estado estudiando derecho matrimonial —dijo Gert—. Solo podemos casarnos si ella muere o se vuelve loca.

—En eso Gitte puede ayudarnos —resonó la vocecilla de Hanne—. Con Grete salió bien, ¿por qué no iba a caer ella en la misma trampa?

—¡Basta! Páralo, Mogens. No quiero seguir oyéndolo.

Se tapó los oídos con las manos y sollozó contra la almohada, desesperada.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Llévenselo de aquí! Enciendan la luz. No lo soporto.

Entró la señora Nordentoft y encendió la luz. No había rastro de Mogens ni del magnetófono.

—¿Ahora qué pasa? —preguntó con paciencia—. Tiene que intentar dormir mientras va haciéndole efecto la inyección.

Se inclinó sobre ella y le secó las lágrimas con su pañuelo. Tenía la cara de un papel muy fino y roto por varios puntos. Por debajo, la carne le supuraba como una herida. Tenía el ojo pequeño yerto y sin expresión, como un ojo de cristal.

—No apague —le rogó Lise—. Me asusta la oscuridad.

—No puede dormir con la luz encendida. Además, va contra el reglamento. —Frunció el ceño y se mordió el labio con aire pensativo—. ¿Oye voces? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Lise—. Y también las oye usted.

—No —aseguró la enfermera—. Todas las voces que oye salen de usted.

Lise comprendió que todo el personal debía de estar implicado en el complot.

—Si pensara así —dijo—, estaría loca.

—Bien no está.

—Cierra la boca —ordenó Gitte—, te está viendo esos dientes tan feos que tienes.

—Los dientes postizos están fríos —dijo Gert con

repugnancia.

La enfermera Nordentoft apagó la luz y se marchó. La oscuridad era tórrida como un baño de vapor y las voces de las cañerías se volvieron lejanas e imprecisas. Cerró los ojos y la imagen de Gitte con la pancarta poco a poco se fue haciendo vaga y nebulosa. En sueños, se le apareció la cara del doctor Jørgensen como un primer plano en la televisión. Era dulce y cariñosa, y tenía los ojos castaños humedecidos, como con lágrimas.

—La realidad —afirmó— solo existe en su cerebro. Se encontraría mucho mejor si lo comprendiese. Carece de una existencia objetiva.

—¿Y yo entonces dónde existo? —preguntó ella.

—En la conciencia de otras personas —respondió él con paciencia, como si se dirigiese a una alumna obstinada, pero inteligente.

—No quiero —replicó asustada—, yo solo quiero ser yo misma.

—Pero ¿es que no sabe usted que todo el mundo tiene varias ediciones, como los libros? Les sacan copias en la oficina de los ficheros secretos.

—Ah —exclamó perpleja—, eso explica muchas cosas. Entonces, ¿al final sí es usted amigo mío?

—Claro que soy su amigo —contestó él, y de pronto rompió a reír con la boca de Gitte.

Lise vio que llevaba una inyección en la mano.

—Ahora voy a darle LSD —anunció antes de clavarle la jeringa en una pierna—. Esto le enseñará un poco de amor al prójimo.

Ella gritó y abrió los ojos. La luz de la mañana bañaba la fea sala con un resplandor gris y desahuciado como el de los días que vas a clase con los deberes sin hacer. Olía a sudor y notó que la cama estaba mojada y el camisón se le pegaba al cuerpo. La sed era tan espantosa que parecía haberle debilitado el oído. De las cañerías salía un murmullo impreciso y no había ninguna cara tras las rejillas.

La puerta se abrió y entró un hombre con una chaqueta

blanca con botones de latón. Como llevaba una palangana, empujó el tirador de la puerta con el codo. Cuando se dio la vuelta, Lise vio que era Gert, pero ya no se sorprendió demasiado. Se había acostumbrado a su mundo de horrores como quien se acostumbra a un dolor físico. Tal vez fuese cierto eso de las ediciones de cada persona y esa solo fuera una copia.

—Gert, ¿por qué me odias? —le preguntó—. ¿Ya se te ha olvidado lo felices que hemos sido?

—No me llamo Gert —dijo él con terquedad—, me llamo Petersen y trabajo aquí. Hay que asearla.

Cuando dejó la palangana en el taburete, Lise observó que el agua estaba sucia y turbia.

El celador humedeció un paño y le desabrochó el camisón por el cuello. Luego le pasó el paño por la cara y ella sintió que la piel se le tensaba y acartonaba como bajo una mascarilla de clara de huevo. Se la tocó con los dedos.

—Si intentas quitártela —se oyó decir a la voz de Gitte por el micrófono— te la despellejarás.

—Para ahora mismo, Gert —dijo llena de miedo—, o te denuncio a la policía.

—No irás a pedir ayuda a esa panda de infanticidas —se burló Gitte.

Gert no dijo una palabra y salió impasible con la palangana. Apenas cerró la puerta, entró una mujer vestida con el camisón del hospital. Sostenía una labor de punto en la mano y tenía el rostro desastrado y gracioso de quien vive hasta tal punto para los demás que no le preocupa mucho qué cara lleva. Tanto le da una que otra. En el instante mismo en que tomó asiento junto a la cama, la habitación se llenó de calma. Todas las voces callaron y no se oía lo más mínimo en las cañerías. La mujer le lanzó una mirada cariñosa y servicial.

—Estoy aquí para ayudarla —anunció—. He estado en su lugar antes que usted y sé de qué va todo esto. Lo principal es que no beba nada. Voy a traerle agua del grifo, algo que no esté envenenado.

Antes de salir dejó el punto, y Lise pensó con un alivio

infinito que al fin había llegado alguien completamente sano y normal, alguien como ella.

9

Mientras se bebía el agua con avidez, sintió que su infancia la observaba a través de los ojos lánguidos y tranquilos de aquella mujer. Vio a su madre sentada bajo la lámpara, cantándole mientras su padre dormía en el sofá. La salita era una isla de luz y seguridad en el furioso océano del mundo. El recuerdo se deslizó con lentitud por su alma como una calidez que siempre había estado ahí, esperando tan solo a que alguien la despertara. La mujer le acarició la mejilla.

—Si le preguntan si oye voces —le aconsejó en tono suave y pausado—, diga que no. Es muy importante.

—Y qué más da —replicó Lise asombrada—, si todo el mundo las oye.

—Qué va. —Empezó a tejer animadamente; el único sonido que había en la habitación era el entrechocar de las agujas de punto—. Cada uno oye solo las suyas.

Lo dijo con la naturalidad de quien explica que cada uno tiene su propio cepillo de dientes.

—Entonces, ¿el doctor Jørgensen tampoco las oye? —preguntó esperanzada.

—Por supuesto que no. No se le ocurra decirle que oye más voz que la suya.

—¿Por qué?

—Porque si lo hace, no volverá nunca a casa. Si les habla de las voces, creerán que está usted loca.

—Es lo que pretenden que crea yo.

—Claro. Al fin y al cabo, esto es un manicomio y sin pacientes no existiría.

—¿Y cómo puedo salir de aquí?

—Tiene que escribir al defensor del pueblo. Yo ya lo he hecho

y espero que me conteste de un momento a otro. Y, sobre todo, debe seguirles la corriente a las voces. Es tontería discutir con ellas estando aquí.

Gert entró llevando una bandeja con una taza de café y un plato de *smørrebrød*.

—¿Usted aquí? —preguntó frunciendo el ceño—. No puede estar en la habitación de la señora Mundus, necesita descansar.

La mujer recogió la labor con parsimonia y salió del cuarto como quien sale de un cuadro en el que ha sido el personaje principal.

—Ahora, a desayunar —dijo Gert con una voz prestada que debía de ser del enfermero cuyo papel representaba.

—Sí —contestó ella obediente mientras estudiaba el *smørrebrød*, que tenía la superficie de un suave color verdoso y despedía un fuerte olor a amoniaco.

¿Cuánto tiempo sería posible vivir sin comer? El hambre no era tan terrible como había sido la sed. Tal vez la mujer le llevara comida no contaminada. La veía como su única amiga, alguien en quien confiar en medio de aquel infierno, una persona que no la traicionaría.

Gert volvió a marcharse y en ese mismo instante apareció Gitte en la rejilla de las negociaciones.

—Jamás comprendiste a la juventud —la acusó—. Los escritores que no son capaces de hacerlo no sobreviven a los nuevos tiempos. ¿Recuerdas aquella vez que te entrevistaron dos estudiantes para el periódico de su instituto? Te preguntaron por qué no intervenías nunca en los debates de actualidad. ¿Recuerdas qué contestaste? Citaste a Hemingway. Repítelo.

Mientras Lise trataba de hacer aflorar las palabras que había utilizado, observó las manos de Gitte, aferradas a la rejilla. De pronto, la asaltó la inquietante idea de que en el mundo había el doble de manos que de caras. Luego le vinieron a la mente las palabras, fuertes, claras y valientes.

—Dejad a esos que quieren salvar al mundo —recitó con lentitud— y contentaos vosotros con verlo claramente y en conjunto.

—Sí —dijo Gitte satisfecha—, eso dijiste. Y eso sentenció tu destino. Hemingway se pegó un tiro en la cabeza. Era demasiado viejo, como tú. Formaba parte del mundo muerto. Lástima que aquí no haya espejos. Deberías verte la cara ahora mismo. Parece la de un cadáver.

La rabia hizo que Lise olvidara la prudencia.

—¡Te odio! —exclamó—. Debería haberte echado hace mucho tiempo.

—Eso es una tontería —dijo Gitte con dulzura—. Deberías darte cuenta de que solo intento salvarte. Pero te muestras poco colaboradora.

Su cara se desvaneció y a continuación oyó un grito breve y ronco de Søren que salía de la rejilla de las torturas. Horrorizada, levantó la vista. Su hijo tenía la cara encogida y avejentada, como esos niños indios que salían en las noticias sobre países subdesarrollados. La miró a los ojos con una mirada acosada llena de desesperanza, como si no esperase ayuda alguna de ella.

—¡Søren! —gritó ella—, corre al pabellón y busca a tu padre. Está aquí, él se encargará de llevarte a casa.

Luchó contra el cinturón para bajárselo por las caderas, pero era imposible.

—¡Gitte! —chilló—. ¿Qué le estás haciendo?

—Arrancarle las uñas —respondió ella en tono triunfal—. Ya que tú no quieres asumir tu parte del sufrimiento del mundo, tendrá que hacerlo él.

—Pero sí que quiero —lloró desesperada—. Estoy dispuesta a aceptar todas tus condiciones con tal de que lo dejes ir.

—Sé indiferente —la exhortó Gitte con severidad—. Hay miles de millones de niños en el mundo y dos tercios de ellos sufren. Cuando tu frialdad también recaiga sobre tus hijos, empezarás a sentir algo por todos ellos.

—Sí —aceptó ella con la sensación de que el cerebro se le quedaba de pronto sin contenido—. Entiendo a qué te refieres.

El llanto de Søren se volvió más lejano y la desesperación de Lise se atenuó de una forma extraña, como si por un momento le hubiesen anestesiado el centro sensorial.

—Empiezo a entender a qué te refieres —repitió.

De repente recordó el enorme alivio que había sentido cuando su amor por Gert dio paso a una indiferencia clara y benéfica. Un sabor dulzón y nauseabundo le llenó la boca mientras el eco de un dolor antiguo le rozaba el corazón. Descubrió que el recuerdo de Søren de pequeño se había borrado. Veía la cara de un bebé, pero podía ser cualquier niño desconocido que hubiese visto en un cochecito por la calle. ¿Habría un tipo de amor del que quedaba excluida? Pensó en el poema de Frøding:

Compré mi amor por dinero,
no tenía otra opción,
canta dulcemente, violín mío,
canta, pese a todo, al amor.[1]

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Todas las voces habían desaparecido, como cuando la mujer tejía a su lado. Una suerte de fatiga deliciosa se deslizó por su cuerpo igual que un dulce veneno. La luz de la habitación se volvió blanda y velada como el agua de una pecera que se ha olvidado limpiar. Tenía la sensación de llevar allí muchos años y ser ya una anciana. Entonces recordó que siempre mataban a la paciente más vieja y su miedo regresó como un compañero fiel a quien no le importa no ser correspondido. Salir de allí era cuestión de vida o muerte. Era cuestión de seguirles la corriente, como decía la mujer. Pero a Gitte no le había seguido la corriente. Por un momento había sentido de veras una comprensión falsa y lúgubre del asunto y había traicionado a Søren. La infancia del pequeño volvió, dolorosa, a su memoria y entonces supo que había estado loca un instante, cuando el llanto de su hijo había resonado en sus oídos distante como el ruido de los tranvías que subía de la calle. Pasaban por su cabeza entre tintineos y traqueteos, cargados de pasajeros de caras abandonadas como casas donde ya no vive nadie. Eran personas pobres que vendían su tiempo a cambio de dinero. Cobraban cierta cantidad por hora y quienes se lo compraban lo almacenaban junto con el suyo, como la gente rica que acapara alimentos en puertas de una

guerra. Por las noches, los pasajeros del tranvía se distraían con diversiones autorizadas por el Estado y se sentían culpables si estas diversiones no les causaban ningún deleite. Su muerte era modesta y retirada, y se embutían en ella de manera apresurada como en un traje cualquiera que, con un poco de suerte, tal vez les valdría. Ella debía asumir el destino de esas gentes como un hábito hace tiempo desechado que se deja retomar con cierta dificultad. Porque ya no tenía hogar, ni dinero, ni amigos influyentes. Lo único que tenía era esa razón que le trataban de arrebatar a como diera lugar. Recordó su sueño y volvió a oír la voz del doctor Jørgensen: la realidad solo existe en su cerebro.

Tenue y silencioso como un pensamiento, entró en la habitación y se sentó junto a su cama. Sus ojos castaños tenían una expresión taimada y traicionera que no había advertido antes. Su madre siempre decía que la gente de ojos marrones se traía algo entre manos. Una de las falsas verdades de las que nunca había llegado a desprenderse.

—Cuando esté usted un poco más calmada, la llevaremos al pabellón —anunció—. La hemos traído aquí solo para que no moleste a las demás pacientes.

Ella no contestó, pero le observó las manos, apoyadas en las rodillas como dos objetos muertos que hubiese dejado allí momentáneamente.

—Tiene usted alucinaciones —le explicó—. ¿Sabe lo que son?

—Sí —respondió ella alerta—. Ves y oyes cosas que no existen. Pero no es verdad. Yo ya no oigo ninguna voz más que la suya.

—Mentira —dijo Gitte por la tubería—. Él sabe que es mentira. No se atreve a soltarte para que no le denuncies a la policía. Ha cobrado cincuenta mil a cambio de tenerte aquí el resto de tus días o liquidarte.

La mujer había dicho que él no lo oía. Intentó aparentar que ella tampoco había oído nada. De pronto la cara del médico se volvió enorme y Lise vio que le salían matas de pelo negro de la nariz.

—Es usted muy feo —se le escapó.

—Sí —contestó él con resignación—, supongo que sí.

—Mogens vino anoche con el magnetófono —le explicó Lise, porque no estaba segura de que lo supiese—. Me puso una cinta que había grabado debajo de la cama de Hanne.

—Se equivoca —le aseguró el médico—. Esto es un módulo de aislamiento y no puede entrar nadie fuera del horario de visitas. Señora Mundus, está usted enferma y yo he venido a ayudarla.

—Eso es lo único que no puede hacerme creer.

Le miró fijamente a los ojos, que estaban llenos de manchitas de colores, como los de su padre, arruinados por el fuego de la caldera que se había pasado media vida llenando de carbón.

—Siempre he detestado a los pacientes que se niegan a enfrentarse a la verdad.

Las palabras le salieron sin que moviera los labios. Tampoco movía la nuez, una habilidad que debía de haber requerido mucho entrenamiento. Gitte también lo sabía hacer, se había dado cuenta en su último día en casa.

—Yo solo puedo ayudarla —añadió en tono dolido— si me cuenta qué le dicen esas voces. Tiene que mostrarse un poco colaboradora.

Las mismas palabras que había empleado Gitte.

—Cuéntale lo que decimos —se burló Gitte por el micrófono de la almohada—. Pero vuelve antes la cara hacia la pared. Le estás apestando el aire con ese aliento.

Horrorizada, apartó la cara y rompió a llorar.

—Que me dejen en paz —sollozó—. Es lo único que he querido siempre. A mí el mundo me da igual. Yo lo único que quiero es escribir y leer, solo quiero ser yo misma. Si me deja ir, no diré nada. Alquilaré una habitación. Puedo volver a trabajar en una oficina. Mandaré a Søren a clases extraescolares. Yo solo quiero que todos se olviden de mí. Aunque se suicidó, Hemingway tenía razón.

—Podrá regresar a su casa en cuanto esté bien. Su marido y sus hijos la echan mucho de menos. Ese suicidio ha conmocionado a Gert y lo que más desea en este mundo es volver con usted. Tiene usted razones más que de sobra para vivir, pero no puedo ayudarla

si no me cuenta lo que había en esa cinta que Mogens le puso anoche.

—Si ya lo sabe —protestó ella—. ¿Para qué voy a contarle una cosa que ya sabe? Hanne y Gert...

Guardó silencio porque un caleidoscopio de colores brillantes empezó a dar vueltas ante su ojo derecho. Giraba cada vez más rápido y la cara del médico se movía con él como si hubiese perdido el control.

—¡Señorita Poulsen! —gritó con una voz cuyo eco resonó a través de todas las edades de Lise—. Corra, traiga una cuchara; está convulsionando.

Un placer voluptuoso la poseyó, borrándolo todo. Su cuerpo se tensó en un arco y se desmayó.

10

El tiempo alzó sus temibles alas y levantó el vuelo en dirección a una realidad que no era la suya. Carente de todo peso, contempló un cielo azul salpicado de recuerdos. Su mano se perdía en la de Gert, que le apretaba contra el cuello unos labios con el intenso aroma dulce de la infancia y el miedo superado. El sol le ardía en la cara como si, ya desprendido de su estación, le brotara de dentro.

—Te quiero —dijo volviéndose a contemplar el rostro frágil de Gert y su boca delicada y melancólica.

—El amor nos vuelve egoístas —replicó él—. Hace que los demás nos resulten indiferentes.

—A mí me dan lástima —aseguró ella al tiempo que le pasaba los dedos por el pelo, liso y rubio—. Siento compasión por todas las mujeres que no te conocen.

De repente la mirada de él se perdió y los ojos de Lise buscaron el nuevo objeto de su atención. Entonces descubrió a Hanne sentada en la hierba, las rodillas flexionadas y los cabellos de miel ocultando casi por completo su rostro adulto, enigmático. La envolvía esa aura de soledad de los niños que han infringido las reglas del juego y quedan al margen del corro danzante y cantarín de sus amigos. Sin apartar la mirada de aquella figura inmóvil, Gert empezó a recitar con voz triste y distante:

Oh, castas niñas burguesas,
de corazón imparable.
Orna la fuerte reseda
el jardincito del padre.

—Sophus Claussen —dijo ella sonriente.

Sintió que la recorría el frío del dormitorio de la niñez y en un gesto inconsciente tiró del edredón para taparse mejor. La cara de Gert se volvió más grande y el labio inferior descendió, dejando al descubierto una hilera de dientes grises y sin brillo que no eran suyos. Asustada, quiso soltarle la mano, pero él la agarró con más fuerza y una luz gris y polvorienta le picoteó las pupilas como un insecto.

—Ha tenido convulsiones —dijo él—. Tómese esas dos pastillas.

Cuando la soltó, Lise reparó en un frasco de medicinas que había sobre el taburete. Vio la bañera honda y oyó el sonido de la gota que caía a intervalos fijos del grifo, que parecía una boca retorcida. Sus pensamientos buscaban a tientas un punto de apoyo como algas a la deriva en el agua de un estanque.

—Gert —dijo con un hilo de voz—, qué felices éramos.

—Me llamo Petersen —contestó él con paciencia—; por favor, tómese las pastillas, si no quiere que se repitan las convulsiones. Necesita ácido barbitúrico.

—Me las tomo, pero sin agua —le prometió—. No me hace falta para tragarlas.

Conocía las pastillas, eran las mismas que le daba Gitte.

Se incorporó en la cama y se tragó los dos comprimidos blancos sin dificultad. Le habían abierto el cinturón, pero aún estaba sujeto a la cama.

—Eso está bien —aprobó Gert satisfecho—, empieza usted a comportarse como una persona razonable.

De pronto su cara se nubló, como cuando te olvidas de pasar el carrete y sacas dos fotos, una sobre otra.

—Tienes dos caras —exclamó perpleja—. Eso está prohibido. Solo se puede llevar una cada vez.

Él le dio unas palmaditas en la mano sin decir nada. Después salió atravesando la puerta cerrada, como hace la gente en los sueños. Al cerrar los ojos, Lise se encontró pintada dentro de los párpados una puesta de sol banal como un cuadro de mercadillo.

—Ya entonces —dijo Gitte a través del micrófono de la almohada— él se daba cuenta de que el amor entre dos personas es

egoísta. Siempre quiso liberarse de esas cadenas. En casa ahora nos queremos todos, como en la escuela popular. Y tenemos dinero para LSD, tanto que bastaría para hacer feliz al mundo entero. Cuando salgas, serás nuestra empleada y vivirás en el cuarto del servicio. A ti también te daremos LSD y Gert se acostará contigo, igual que con todas. El apetito sexual hay que satisfacerlo como el hambre. Están al mismo nivel.

—Pero ¿y el romanticismo? —preguntó ella con desánimo.

—Eso es un invento de los trovadores. Hoy en día está desfasado.

La puerta se abrió y entró de nuevo la mujer del punto con su cara redonda y generosa doblada de cualquier forma, como un vestido al fondo del armario de una persona que nunca ha andado escasa de ropa.

—He visto que ha estado el médico —dijo—. Tenga cuidado con él, es el que decide cuándo nos dejan volver a casa. No le habrá contado nada, ¿verdad?

—No, nada en especial. Solo le he dicho lo de la cinta porque creo que no está al corriente de todo lo que ocurre aquí.

—Eso ha sido una estupidez. Jamás debe hablarle de magnetófonos, micrófonos, tuberías, radiadores ni nada de eso. Limítese a contestar que sabe dónde se encuentra, en qué año estamos y qué rey reina.

Siguió tejiendo animadamente y Lise sintió que el corazón se le desbordaba de gratitud.

—Cuando usted está conmigo —le confesó— se callan todas las voces. ¿No es raro?

—No —respondió la mujer, que no parecía dispuesta a asombrarse por nada—. Las mías ya solo están en la sala de televisión, y allí yo ya no entro nunca.

Lo dijo como quien habla de unos niños revoltosos que al fin están en un sitio donde no molestan.

—¿Cómo se llama? —preguntó Lise.

—Soy la señora Kristensen y antes de venir aquí era asistenta social. Estoy acostumbrada a orientar a la gente.

—Yo me llamo Lise Mundus —se presentó.

Pero no vio en la mirada de la mujer ese destello de reconocimiento que había temido encontrar.

—¿Y cómo entran las voces hasta aquí? —preguntó luego—. Tiene que haber una explicación lógica.

—¡Uy, claro! —La señora Kristensen rio de tan buena gana que perdió un punto—. Como seguro que la hay para el teléfono, la radio y la televisión, pero la gente de a pie no lo entendería por más que un técnico se lo explicara. Lo uno no es más extraño que lo otro.

—¿Y qué le dicen las voces? —quiso saber Lise, que sentía que el cerebro le reaccionaba como ese pariente anciano que nunca falla a la hora de mostrar falta de tacto.

La señora Kristensen la miró con aire herido.

—Esas cosas no se preguntan —le reprochó—, debería usted saberlo. ¿Le doy un poco de agua?

—Sí, por favor —aceptó Lise contrita—. Pero ¿qué voy a comer? No me atrevo a tomar lo que me dan.

—Mi marido trae comida todos los días. Le daré un poco en cuanto tenga ocasión.

Tras saciar la sed, Lise rogó compungida:

—No se enfade conmigo por lo que le he preguntado antes. Usted es la única persona en quien puedo confiar y no sabría qué hacer si me abandonara.

—No se preocupe. Pero las cosas serán más fáciles cuando la dejen estar con las demás. Nos lo pasamos la mar de bien, solo hay que andarse con ojo con las enfermeras. Cuando oyen lo que decimos, lo anotan en el historial.

—Y si le llega una carta del defensor del pueblo, ¿cómo puede estar segura de que no la retendrán? —se interesó Lise.

—Uy —contestó entre risas la mujer—, esa la mandarán a mi casa. Si la enviaran aquí, no me la darían nunca. Si no está casada, puede dejar la dirección de sus padres.

Entró la enfermera Poulsen con una sonrisa propia de un dibujo infantil, una media luna llena de optimismo entre dos orejas de soplillo.

—Tiene visita —anunció—, será mejor que se vaya, señora

Kristensen.

—¿Visita?

Aquella palabra, burguesa y cotidiana, resonó con el eco de muchos años de recuerdos. ¿Quién iría a visitarla a ese lugar? ¿Había horario de visitas hasta en el infierno?

Apenas salieron la enfermera y la señora Kristensen, entró su madre por la puerta. Llevaba un ridículo sombrerito a la moda poco apropiado para su edad. Se obstinaba en vestir una juventud tras la que sus años asomaban burlones entre los dientes postizos como el ogro de los cuentos.

—¡Lise! —exclamó en tono lastimero—, ¿cómo has podido hacernos esto?

Se dejó caer a plomo en el taburete falta de aire.

—Cada día os parecéis más las dos —la pinchó Gitte desde su tubería—. Te asusta la edad tanto como a ella. Y conoces a tus hijos igual de mal.

—No pretendía haceros nada a vosotros —replicó—. Es que me sentía muy desgraciada.

—¡Lo que hay que oír! —exclamó la madre indignada—. ¡Tú, que lo tienes todo! Y encima eres famosa. Si ayer mismo en la lechería me enseñaban un artículo del periódico que hablaba de ti. Te preguntaban si piensas que la fama obliga y ¿te acuerdas de lo que contestaste?

—No —admitió Lise llena de una angustia indefinida.

—Que no te la habías ganado en un referéndum. Estuvo bien, hay que darles lo que piden.

—Esa respuesta es lo que te ha traído aquí —dijo Gitte.

—Santo cielo —exclamó su madre mientras miraba a su alrededor con repugnancia—. ¿Por qué demonios estás en un cuarto de baño? Podrías permitirte un ingreso en Skodsborg, si quisieras.

—Mamá —Lise intentó conjurar mentalmente el punto de apoyo firme y seguro de su infancia—, tienes que ayudarme. Me retienen aquí en contra de mi voluntad y tratan de hacerme creer que estoy loca. Quieren asesinarme y se han puesto todos de acuerdo.

—Pero ¿tú estás mal de la cabeza? ¿Quién iba a querer matarte?

—Todo lo que me dan está envenenado —le explicó cansada y sin esperanzas de que la creyera.

El sombrerito ridículo había resbalado hasta casi taparle los ojos y ella lo apartó molesta de un manotazo como hacía siempre que algo la incordiaba.

—De un modo u otro estás enferma de veras —dijo—, pero es el justo castigo a toda tu arrogancia. Siempre te has creído mejor y más lista que tu padre y que yo, y te avergonzaba traer a casa a esos amigos tuyos tan finos porque tu padre no es más que un fogonero.

—¡No! —gritó Lise deshecha en llanto—. Eso no es verdad, mamá. Yo siempre os he querido.

—¿De qué hablas? —preguntó preocupada la madre saliendo de su egoísmo como una nuez de su cáscara. Se levantó e inclinó la cara maquillada sobre la de su hija al tiempo que tomaba su cabeza con ambas manos—. No llores así; mira, te he traído unas manzanas. ¿No echas de menos a los niños? Ayer estuve en tu casa tomando un café con ellos y con Gitte. Es como su madre, en serio.

Lise se volvió hacia la pared y siguió llorando.

—Ahí tienes —dijo la voz de Gitte desde la almohada—, ya la he informado. Está completamente de nuestra parte.

—¡Cállate! —gritó Lise mientras retorcía la almohada con desesperación en busca de algún objeto pequeño y duro. Su madre la observó con los ojos llenos de miedo.

—Si yo no he dicho nada —replicó confusa—. Pero ¿qué haces con la almohada?

La soltó y miró a su madre desde el fondo de su infancia, que de pronto emergió de sus recuerdos entre millares de días adultos sin importancia. La cara angulosa se volvió joven y redondeada, y se sintió invadida por la misma paz que da una máscara de éter sobre la nariz y la boca.

—Mamá —le pidió en voz baja—, cántame una de las canciones de antes, de esas que cantabas siempre cuando era

pequeña.

—Bueno —accedió—. A ver si me acuerdo de alguna.

Y con una voz dulce, metálica, que resonó quebradiza como las campanadas de la iglesia del Espíritu Santo, empezó a cantar:

En tierras sajonas había una vez
una niña hermosa.
Una gitanilla que iba con su tribu
por tierras sajonas.

Tenía muchas estrofas, y mientras las cantaba, todas las voces enmudecieron igual que cuando iba a verla la señora Kristensen. Al cerrar los ojos, vio tras ellos el retrato de la mujer del marinero que colgaba en el hogar de su niñez. Con una mano a modo de visera, escudriñaba el mar en busca de su marido. Lise la observó, feliz como quien reencuentra a un amigo muy querido de la infancia. La voz de su madre se tornó lejana y una mano grande y amable le cubrió los párpados y borró a la mujer del marinero como de una pizarra mágica.

11

Poco a poco los terrores fueron tensándose entre los pequeños clavos de la costumbre y a veces lograba verlos como algo ajeno a ella. Eso le proporcionaba un alivio leve y pasajero que debía ocultar, como una mercancía robada que no se atrevía a conservar por mucho tiempo. Tenía la sensación de haber estado allí siempre y no ir a escapar jamás. Volvía a estar atada porque un día que el acoso de la rejilla de las torturas había sido más maligno de lo habitual, había salido corriendo por el hospital. Comprendía que había asustado a las demás pacientes, que ignoraban el porqué. Además, el cinturón solo la molestaba cuando la cama empezaba a arder. En esos casos, chillaba hasta que alguien acudía en su auxilio justo cuando las llamas le iban a quemar la cara. Si hubiese tenido un espejo... Ya se le habían caído las costras de la boca y tenía la piel lisa y coriácea al tacto, como las botas de fútbol de Mogens. Por las noches, Gitte y la enfermera Nordentoft le sacaban la ropa por la cabeza y le lavaban el cuerpo con un líquido viscoso y corrosivo que después no se quitaba si no iba acompañado de la piel. Se contemplaba con asco. Tenía un cuerpo en desuso de vientre hundido y flácido y unos pechos de nodriza vacíos, con los pezones duros y oscuros. Un cuerpo que ya no deseaba nadie. Desde su conducto, Gert pasaba revista a su anatomía con expresiones tan obscenas que Lise carecía de referencias con las que comparar una perversidad tan franca y limpia de disimulo. Cuando llegaba Gitte con la jeringa, ella nunca desistía de luchar por su vida. Y Gitte siempre sacaba a colación el pan casero en medio de sus reflexiones sobre la conveniencia de asestarle el golpe de gracia, igual que el demente míster Dick de *David Copperfield* siempre incluía la cabeza de Carlos I en su memorial imposible. Las cosas habían adquirido ritmo y regularidad, y la asustaban tanto

los cambios que el mundo se tambaleaba bajo sus pies cada vez que le decían que pronto la dejarían ir al pabellón, apenas se calmase. Al recordar a las mujeres-asno del otro lado de aquella puerta cerrada se convencía de que había visto visiones. También la asaltaban dudas cuando pensaba en la anciana ahogada. Solo pretendían asustarla. Igual que cuando la enfermera se pintó la cara para parecerse a la señora Kristoffersen, la empleada que tenían antes de Gitte. Trataba de confundirla y minar su resistencia, pero ella había descubierto aquel truco tan ingenuo gracias a su sano juicio. Vaya a lavarse la cara, le dijo con frialdad, está muy bien como está. Aprendes a distinguir, había admitido Gitte por la rejilla de las negociaciones, aprendes a razonar como debe ser.

Aquel cumplido la llenó de un orgullo infantil, aunque era un sentimiento al que no podía aferrarse, como a todos los demás. Era más seguro no sentir nada de nada. Todos sus recuerdos le resultaban lejanos e imprecisos, y las cosas de importancia habían cedido su puesto a destellos hirientes de sucesos triviales. Tenía la piel levantada allí donde el cinturón se le incrustaba en la cintura, y el dolor físico atenuaba el miedo que le encogía el corazón. El tiempo no pasaba y no había forma de echarlo por la ventana, porque era falsa. Estaba pintada en la pared, que era de un cartón húmedo y amarillento con una cara exterior difícil de imaginar. Había días y había noches, y no sabía cuándo dormía y cuándo estaba despierta. Nunca pensaba en «ayer» ni en «anoche», siempre en «una vez», como cuando de niña pensaba en una vez que había ido con sus padres al parque de Søndermarken sin saber si ese recuerdo luminoso había surgido de uno o de cien domingos. Una vez Gitte le dijo:

—¿Estás segura de que existo? Piénsalo bien. ¿Recibí alguna llamada o alguna carta? ¿Salí a la calle?

—Tengo pruebas de que existes —contestó ella—. Si no, ¿cómo iba a haber hablado de ti con Nadja?

—Pregúntaselo —insistió Gitte—. Si nunca me ha visto, ¿creerás por fin que estás loca?

—Sí —contestó Lise—, entonces lo creeré.

Había recibido carta de Nadja, que le contaba que estaba en Finlandia, en un congreso de psicología que duraría dos semanas. A la vuelta iría a visitarla. Pero a Lise no le hacían mucha gracia las visitas. Su madre se había dejado la voz al irse y dentro de las tuberías había perdido la dulzura metálica y sonaba plana, sorda y apagada, como cuando regateaba con los vendedores. Tenía un vocabulario limitado hasta el ridículo y carecía de la inteligencia necesaria para herir a Lise en serio. Ya superado el acceso de debilidad, el delicado recuerdo de las viejas canciones le resultaba tedioso y ajeno, como cuando otros cuentan sus sueños. En cambio, se acordaba de un siete en un vestido rojo que su madre había abierto con los dedos. Como sigas así, había dicho, acabamos en el asilo de Sundholm. Aquella perspectiva no le había causado ningún espanto. Le daba igual dónde estar si le dejaban llevarse su cuaderno de poesía. Lo único que deseaba en este mundo era escribir versos, y cualquier cosa que se lo impidiera despertaba su hostilidad.

Pasaba la mayor parte del tiempo echada de costado con las piernas encogidas y las manos debajo de la mejilla. Las voces se suavizaban si permanecía inmóvil, aunque se sentía observada como un escarabajo bajo una lupa. La señora Kristensen le daba parte de su comida y miraba satisfecha cómo se la tomaba, directamente del envoltorio. Las voces nunca hablaban de ella, y Lise tenía la impresión de que no sabían nada de su existencia. El personal también las dejaba en paz y ya no echaba a la señora Kristensen si la encontraba con ella. Se le podía contar todo sin ningún temor, y ella respondía a todas las preguntas de un modo práctico y sensato.

—Si salgo de aquí, ¿adónde iré? —le preguntó Lise—. Ya no tengo casa y ellos se han repartido mi dinero.

—Yo se lo diré —contestó la señora Kristensen—. Irá al hogar para mujeres que hay en Jagtvej, puede llevar consigo a su hijito. Desde allí tiene que ponerse en contacto con la asociación Un Año En Casa, yo le daré el nombre y la dirección de quien la preside. Ellos le buscarán una buena casa donde aprenderá a limpiar y a guisar bajo las directrices de la señora y le darán dinero para sus

gastos. Todo irá bien, ya verá. Si se siente sola, puede venir a verme. Mis hijos están casados y paso sola todo el día. Pongo esparadrapo en la ranura del correo para evitar que fisgue mi vecina.

—Gracias —dijo Lise más que satisfecha con la solución—. Pero si tiene noticias del defensor del pueblo, volverá usted a casa antes que yo. ¿Y quién me alimentará entonces y me dará de beber?

—Si eso ocurre, vendré a verla —prometió—, pero es necesario que vuelva a casa enseguida. El médico quiere trasplantarme un cerebro nuevo.

—¿Un cerebro nuevo? —preguntó Lise atónita.

—Así es. —La señora Kristensen levantó de la labor una mirada paciente—. ¿Qué tiene de raro? ¿No trasplantan corazones?

Cuanto decía era tan convincente y tan natural como que dos más dos suman cuatro. Todo resultaba fácil, sencillo, y encajaba en su lugar como los hilos de un bordado. Lise sentía que la conocía de siempre y no iba a perderla nunca. Sin embargo, poco a poco un vacío empezó a refunfuñar en su interior como un ratón en un zócalo desmoronado. Tenía hambre y sed, y un día, cuando la enfermera Nordentoft estaba retirando su comida intacta, le pidió:

—¿Puede decirle a la señora Kristensen que venga, por favor? Hace ya mucho que no la veo.

—No me extraña —replicó la enfermera con indiferencia—. La han trasladado a Sankt Hans.

—¿Al manicomio? —repitió aterrorizada—. ¡Si no le pasaba nada!

—Me temo que no es usted la más indicada para valorarlo —dijo la señora Nordentoft con una sonrisa afable—. Pero allí seguro que se recupera.

La sensación de hallarse en la necesidad y la soledad más extremas volvió a asaltarla como un estremecimiento que la dejó con el cuerpo bañado en sudor. Una joven que no había visto antes entró en su cuarto y le puso la mano en la frente.

—¿Se encuentra mal, señora Mundus? —le preguntó con dulzura—. ¿Le apetece beber algo?

Al levantar la vista, Lise se topó con una cara que, por alguna razón, le inspiraba confianza. Los rasgos de la joven parecían abstraídos en el recuerdo de un dolor antiguo, y tenía las pupilas tan anormalmente grandes como Hanne aquella vez que tuvo una infección y había que echarle gotas de atropina todas las mañanas. Le conferían una expresión de angustia constante.

—Sí —contestó—. Pero algo sin veneno, por favor. Coja el agua del grifo y no permita que nadie la toque.

—Claro —dijo la joven—. Puedo beber yo primero para que vea que está limpia.

A partir de ese momento, ella le llevó la comida y la bebida, y siempre probaba todo antes de alimentarla como se alimenta a un niño. Lise siempre le rogaba que fuese prudente, porque no sabía el riesgo que corría. Era como el prisionero de un campo de concentración que teme por la vida y la seguridad del guardián que en secreto alivia sus sufrimientos. Se llamaba Anesen y aún estaba en prácticas. Si descubrían que la ayudaba, como mínimo perdería el puesto.

—¿Me daría un cigarrillo? —le preguntó Lise un día, avergonzada de su pobreza.

—Claro —contestó la señorita Anesen—, pero tengo que quedarme con usted mientras se lo fuma.

Le dio fuego y Lise fumó entre mareada y feliz. Las voces la dejaban tranquila cuando estaba con ella, igual que con la señora Kristensen. Sintió el impulso de prevenir a su nueva amiga.

—Esa enfermera, la que se hace pasar por la señorita Poulsen, en realidad se llama Gitte. Es mi muchacha.

—No creo que sea más que un parecido casual —replicó la señorita Anesen mientras le tendía el cenicero—. Dicen que todos tenemos un doble.

—Es verdad —admitió Lise, pensativa—. Y también hay quien tiene dos caras. Por ejemplo, Gert, y una de ellas en realidad es de ese celador que se llama Petersen.

—Es un chico muy agradable —comentó la joven para desviar la conversación—. A él puede decirle lo que sea. ¿Quién es Gert?

—Mi marido —dijo Lise con la sensación de que era una

palabra completamente idiota—. En tiempos estuve enamorada de él, pero ahora solo quiere juventud. Antes ha dicho que habría que congelar a todos los que tuvieran entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años hasta que fuesen tan viejos que la naturaleza se ocupase del resto.

—¿Cuándo ha dicho eso?

—Justo antes de que usted entrara —respondió—, pero siempre se calla cuando usted llega.

—Debe de ser un error —dijo la joven con calma—. El señor Petersen se ha marchado ya, y su marido a estas horas estará en el trabajo, ¿verdad?

—Sí, tiene razón. —Recordó que no debía hablar jamás de las voces.

La señorita Anesen le apartó un mechón de pelo de la cara.

—En cuanto deje de chillar y llorar tanto —anunció—, le permitirán salir y estar con las demás. Con ellas se sentirá mucho más a gusto.

Apenas se marchó del cuarto, Gitte apareció en la rejilla de las negociaciones.

—¿Te acuerdas de cuando Nadja te pidió que enviaras cien coronas al mes a los mineros en huelga de España? —preguntó con frialdad.

—Y lo hice —contestó asustada—. Estuve mandando dinero por lo menos un año.

—Sí, pero te fastidiaba. Lo hacías única y exclusivamente para que Nadja creyese que eras buena persona. No sentías nada por esas personas a las que ayudabas. No te los imaginabas porque no tienes imaginación. Los únicos mineros que conoces son los de las novelas de D. H. Lawrence. Y encima planeabas irte a España para no pagar impuestos.

—Eso fue idea de Gert —se defendió—. Quería visitar la vieja Europa.

—España es una herida abierta en la cara del mundo —intervino Gert—. He cambiado. He aprendido a ver las cosas con los ojos de la juventud. Cuando tengo un viaje de LSD, me traspasa el amor a todas las criaturas del planeta. A todas menos a ti. Tú

escribes en un idioma que solo hablan cinco millones de personas. Para ti es tan importante construir frases en él que cualquier otra cosa queda subordinada a esa pasión pervertida. ¿Aún no te has dado cuenta de que la gente huye de tu vida como de una casa en llamas?

—¿Y por qué no huyes tú también? —le preguntó desafiante —. ¿Qué te ata a mí?

—Hanne —contestó él, brutal—. La quiero, y solo estamos esperando a que te borres del mapa. Así podremos casarnos, porque no hay hijos comunes que salgan perjudicados.

—¿Y qué pasará con Søren? —preguntó desesperada—. Su hermana no puede ser su madrastra.

—Yo me ocuparé de él —dijo Gitte con una alegría feroz desde la rejilla de las torturas—. La verdad es que hemos pensado en todo, querida Lise. Ahora mismo pienso echarle ácido a la cara.

—¡No! —gritó Lise en el paroxismo de su sufrimiento—. Ten piedad de él, déjalo marchar. Me lo llevaré conmigo al hogar para mujeres de Jagtvej, los dos desapareceremos de vuestras vidas. Haré lo que me pidas. No iré a la policía, no escribiré al defensor del pueblo, estoy dispuesta a dejar que me encierren en Sankt Hans por el resto de mis días, si no le arruinas la cara. Estoy dispuesta a quererte, seré tu madre, te mantendré el resto de tu vida.

Se retorcía como una fiera y el cinturón se le incrustaba en la carne, pero no le causaba daño suficiente.

—Mira —dijo Gitte con calma—, aquí tengo la botella. Si de verdad quieres tanto a ese crío, cámbiate por él. No podrás volver a ponerte delante de otra persona. Quedarás tan desfigurada que ni tu propia madre querrá saber más de ti. Es el precio de salvarlo.

Las manos de Lise palparon su cara mientras los gritos desesperados de Søren le hendían el cráneo como los tranvías con su traqueteo y su repiqueteo. De repente, la invadió el mismo bienestar anestésico que había sentido antes de las convulsiones. Sus piernas húmedas se entreabrieron y la escena que había al otro lado de la rejilla de las torturas se volvió lejana y ajena a ella como una película sin interés.

—No —dijo ausente—. Yo necesito mi cara más que él. Si a la

señora Kristensen pueden ponerle un cerebro nuevo, también podrán ponerle otra cara a él.

—Muy bien —contestó Gitte con la voz saciada, obstruida—. En vista de que el niño te da lo mismo, por ahora lo dejo en paz.

Lise se dejó arrastrar por una oleada de dicha, miedo y dolor, y la cara de Gitte aumentó y se volvió más nítida, como si la recorriera una lluvia cálida. Se sintió inundada de amor hacia ella y se entregó a aquel sentimiento como quienes cruzan una frontera sin camino de regreso. Y, en algún punto más claro y observador de su cerebro, supo que habían ganado ellos. Estaba loca.

12

Tejía sentada en la cama. Cinco del derecho y cinco del revés. Estaba haciendo un agarrador para las ollas y la lana se le clavaba en el dedo índice, como le ocurría en clase de manualidades cuando iba a la escuela. Cinco del derecho y cinco del revés, sentía orgullo por saber hacerlo. Cada cinco puntos, una gota caía del grifo de la bañera, sin fallo. Cada cosa tenía su orden y su sistema. Habían retirado el cinturón de la cama. La habían dejado bañarse con agua caliente limpia porque ya no tenían razones para atentar contra su vida. Tomaba todo lo que le daban, pues ahora que estaba loca ya no lo envenenaban. Todas las caras estaban nítidas y despabiladas como después de una larga noche de sueño, y Gitte ya no utilizaba la de la enfermera Poulsen, que había vuelto a su ser como un niño agotado regresa a casa tras vagar por senderos extraños, desconocidos. Solo la hacía dudar el celador Petersen, que aún conservaba los ojos irónicos y melancólicos de Gert; estarían limpiando los suyos. Se las arreglaba esquivando su mirada. La señorita Anesen le cortó las uñas y se las limpió, y un día le prestó un espejo donde vio una cara nueva y muy joven sin las arrugas de antaño, como si le hubiesen pasado una plancha. Ni el triple collar se veía apenas, como si el tiempo hubiese ido hacia atrás igual que la bobina de un magnetófono. Mogens ya no lo llevaba por las noches; al fin y al cabo, él también tenía que dormir antes de ponerse la cara de su padre todas las mañanas. Las voces cada vez se oían más de tarde en tarde, y sus palabras eran dulces y lánguidas, como las que se pronuncian después de un trabajo bien hecho. Ya la dejaban ir sola a un baño sin cerrojo. Las demás pacientes abrían la puerta y al verla murmuraban una disculpa entre dientes. Tenían todas la cara blanca de luna llena y no conseguía distinguirlas a unas de otras. Cuando el doctor

Jørgensen decía que ya era hora de salir del baño, ella suplicaba que la dejaran quedarse como si le fuese la vida en ello. No quería apartarse mucho de Gitte, a quien muy de cuando en cuando lograba engatusar para que se asomase por la rejilla de las negociaciones. Ya no se dejaba ver en la de las torturas. Había dejado de atormentar a Søren desde el día en que Lise sacrificó la cara de su hijo para salvar la suya. No era una sádica, y si había recurrido a la crueldad había sido por motivos de fuerza mayor.

Una noche entró la enfermera Nordentoft a preguntarle si quería ver la televisión con las demás pacientes. Ella recordó que esa era la sala donde estaban las voces de la señora Kristensen y no tenía derecho a oírlas, pero a través del micrófono de la almohada Gitte le dijo que debía ir, porque había un mensaje importante para ella. Se dejó envolver en el albornoz, metió los pies en las zapatillas y se adentró en aquel cuarto extraño del brazo de la señora Nordentoft. Estudió con detenimiento la cara del presentador, parecidísima a la del doctor Jørgensen. Estaba hablando de disturbios en París, donde estudiantes y obreros se manifestaban contra el presidente. Se veían fogonazos de las luchas en las calles. Los manifestantes dejaban caer las pancartas y se abalanzaban sobre la policía, que descargaba en sus hombros y en sus cabezas todo el peso de las porras. Había hogueras y el gas lacrimógeno inundaba las calles como ácido sulfúrico y cegaba las caras de los jóvenes, cubiertas con manos frágiles y transparentes que, en realidad, no suponían ninguna protección. Presa de la excitación, sintió un júbilo salvaje al ver una imagen del presidente desgarrada por cuchillos. De repente, observó que Gitte salía de entre la multitud y recogía una pancarta a los pies del Arco de Triunfo. Su rostro llenó toda la pantalla hasta que extendió los brazos y alzó el cartel. Lise leyó unas palabras escritas con letra infantil y solemne. Ponía: ¡AMA A TODOS O A NINGUNO! Su excitación se apagó de inmediato como las llamas de un fuego que no recibe alimento. Por su mente pasó el bálsamo de unos versos antiguos:

... si no deseas sufrir penas ni duelos,
nada has de amar en este mundo nuestro.[1]

Perdió interés por cuanto iba pasando por la pantalla del televisor. Trató de pensar en sus hijos, pero había olvidado sus caras. En su lugar, vio el rostro de un muchacho de su calle. Era mucho mayor que ella, pero se despidió con solemnidad de su infancia ante los niños del rincón de la basura. Me voy a España, dijo, a dar la vida por la libertad. Ella lo amaba porque estaba a punto de morir. En una ocasión, había saltado por la ventana de la escalera desde el segundo piso del principal. Aquella caída le valió el respeto y la admiración de todos, pero regresar a casa del hospital con la cadera desviada marcó su suerte. Un pie le quedó colgando un centímetro por encima del otro y sus ojos veían algo que nadie más alcanzaba a ver. Pronto una bala enemiga le daría en el corazón, y la pena, el tedio y la pobreza no volverían a su boca en forma de náusea.

—Estoy cansada —le dijo a la enfermera, que estaba sentada junto a ella—. Quiero acostarme.

Ahora ella misma se levantaba la ropa cuando la pinchaban, y enseguida el cerebro se le quedaba embotado y vacío como un espejo que no refleja nada ni a nadie. Dormía a pierna suelta y sin sueños, y las terribles imágenes de detrás de los párpados ya no volvieron. También se habían esfumado la cara y la voz de Hanne, y de las tres que quedaban, la de su madre era la peor.

—¿Te acuerdas —le reprochaba desde su cañería— del día que estabas sola en casa y rompiste aquel jarrón que tanto me gustaba por pura maldad?

—Sí —contestó ella—, pero desde entonces no he dejado de lamentarlo.

—Eso no va a devolvérmelo —respondió su madre con sequedad—, era un jarrón de casa de mis padres, el único recuerdo que conservaba de mi madre. Nunca has tenido corazón.

—Es que no quería repetir vuestra vida —se defendió ella—, quería vivir la mía.

—Cuando en casa no había nada que comer, te ibas a que te diera la puta de al lado. Qué poco te importaba si nosotros comíamos algo o no.

—Es verdad —admitió—, pero ya he recibido mi castigo. Hoy

soy tan pobre como vosotros entonces.

Entró el doctor Jørgensen sin la bata, con un elegante traje a medida y una camisa tan blanca que parecía que había estado tomando el sol.

—Tiene usted muy buen aspecto —observó satisfecho—, ¿no se encuentra mejor?

—Estoy loca —anunció ella, contenta.

—No está tan mal como antes. ¿En qué se siente loca?

—Me dan lo mismo mis hijos —explicó Lise—. Ya casi los he olvidado.

—Volverán —le aseguró él—, y los querrá de nuevo tan pronto como los vea.

—Sí —dijo ella—, pero solo si antes siento algo por los mineros españoles, por los escritores rusos encarcelados y por los presos políticos griegos.

—¡Pero no son nada suyo! —exclamó asombrado—. No puede usted sentir nada por gente a quien nunca ha visto.

—Es un individualista —intervino Gitte llena de desdén—, no entiende ni una palabra.

Algo confusa, se quedó observando la cara bronceada y próspera del médico, que despedía un suave aroma a loción de afeitar.

—¿Ha saldado usted su deuda? —le preguntó.

—¿A qué se refiere? No tengo ninguna deuda.

Sonriendo, el doctor le pasó un dedo de arriba abajo por la nariz.

—Cierra la boca —dijo Gitte—. Lo hemos comprado. Ya no lo necesitamos.

—A nada —contestó Lise—. Es solo algo que se me ha pasado por la cabeza.

—¿No ha venido a visitarla su marido? —preguntó él—. Le alegraría saber que ya se está curando.

—No —dijo ella en un arrebato de confianza—. Se va a casar con Hanne ahora que estoy loca y así después dará igual.

Él la observó pensativo unos segundos mientras la sombra de su antigua confianza en él pasaba rozando a Lise.

—O sea, ¿que cree que mantienen una relación? —preguntó el médico con lentitud.

—Claro —respondió ella con calma—, desde hace mucho.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Los propios interesados. Y usted lo sabe también. Le dieron cincuenta mil coronas para que me quitase de en medio.

—¿Decía usted ya esas cosas cuando vivía en su casa o comenzó todo aquí?

Lo pensó bien.

—Empecé a decirlo aquí —admitió al fin.

—Yo creo que no es verdad —afirmó él—. No crea todo lo que le dicen las voces. A veces mienten.

—El muy hipócrita —dijo Gert con desprecio—. Nunca he podido soportarle. Fue él quien hizo que no te importase mi infidelidad, y no era esa mi intención. Te alejó de mí, y ahí comenzaron todas nuestras desgracias.

Asustada, se batió en retirada.

—No sé de qué voces habla —aseguró—. Yo no oigo nada.

—Bueno, lo que usted diga.

Le pasó el pelo recién lavado por detrás de la oreja y le dio una palmadita en la mejilla.

—¿Le parece bien que Gitte venga a verla? —preguntó—. Me ha pedido permiso.

—Di que sí —ordenó Gitte—. No será más que una copia.

—Sí —dijo ella, obediente—, me parece bien.

—A partir de mañana tendrá que resignarse y estar con las demás —anunció el doctor Jørgensen—. Nos hace mucha falta un cuarto de baño; además, esto tampoco es que sea muy acogedor.

—No, por favor —suplicó atemorizada—. No quiero alejarme de las voces.

Se arrepintió de inmediato.

—Me refiero a usted y a las enfermeras —añadió sin demasiada convicción.

—Las voces irán con usted —prometió él con seriedad—. También estarán ahí fuera.

—¿Tardaré mucho en volver a casa? —preguntó—. No pienso

denunciarle, y puede usted quedarse con el dinero. Además, la policía no me creería ahora que estoy loca.

Levantó los brazos por encima de la cabeza como si pretendiera demostrar lo inofensiva que era. Inocua, alguien de quien no valía la pena ocuparse. Esa era su actitud en el colegio. Recordó el encuentro con Minna en la unidad de intoxicados. «Con lo tonta de remate que nos parecías a todas.» El mundo no tenía que temerla, o de lo contrario ella temería al mundo. Era un duro golpe cuando lo olvidaba y dejaba ver aspectos de sí misma que ahora rechazaba, como en la maldita entrevista que Gitte y su madre habían sacado a colación.

—Volverá a casa en cuanto esté bien.

—Pues voy a tener que aprender a hacer pan blanco.

—No creo que sea muy difícil —dijo él con una sonrisa.

Cuando se fue, Gitte asomó por la rejilla de las negociaciones. Tenía la cara tan apretada contra el metal que se le había aplastado la nariz.

—Lo has hecho fatal —le reprochó—. Tienes que aprender a comportarte como si estuvieses cuerda. Es solo cuestión de práctica. Y lo mismo con mi copia. Cuando venga, háblale como hacías en casa con la gente de casta inferior a la tuya.

—Yo no te veía así —replicó asustada—. Mi origen no es el mejor. Todos los seres humanos han nacido iguales, lo pone en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos.

—No quieras tanto a América —le advirtió Gitte— hasta que se retire de Vietnam.

—Siempre he detestado el mundo más allá de la esquina de mi casa —dijo en un tono tan bajo que no creyó que Gitte la hubiese oído.

—Por eso te pegaste a tus hijos como una lapa y estuviste a puntito de asfixiarlos. ¿Te acuerdas de ese poemita de Henry Parland que tanto te gustaba? Recítalo para mí.

Obedeció, y cuando las palabras empezaron a deslizarse más allá de sus labios, tuvo la sensación de no haberlas entendido de verdad hasta ese momento:

Una madre vino a mí:
dígame
¿qué es lo que le falta
a mi amor?
Mis hijos no me quieren
como yo a ellos.

Le dije:
indiferencia,
un poco de refrescante indiferencia
es lo que le falta a tu amor
—entonces se marchó
mirando al suelo.[2]

—Sí —dijo Gitte—, y solo lo has comprendido cuando te ha dado igual la cara de Søren. Pero no durará siempre. Cuando empieces a sentir algo por la humanidad que sufre, también volverás a querer a Søren.

Ella se dijo que entonces la cuestión sería si Søren podría quererla a ella. ¿Llegaría a perdonarle que lo hubiese abandonado para salvar el pellejo?

Gitte desapareció y todas las voces enmudecieron. La dejó pasmada un tenue rayo de sol que entró por el ventanal alto. ¿Sería ya primavera en el exterior? No tenía la menor idea de cuánto tiempo llevaba allí.

13

Las pacientes deambulaban de un lado a otro por el largo pasillo vestidas con camisones que o les quedaban pequeños o demasiado grandes. Sus caras fortuitas eran grises y vagas, y les sentaban tan mal como los camisones. Sin embargo, parecían satisfechas si llegaban a los ojos y se asomaban a ellos como a un cristal polvoriento que nadie limpiaba. Tanteaban con la mano la pared, algo torcida hacia el interior de la sala, a sabiendas de que un día se les vendría encima en su fatiga amarillenta y olvidada y las aplastaría. Siempre que podían, se guardaban sus voces para ellas, pues nunca se está seguro de que una voz como esa vaya a volver una vez suelta. Las cosas iban mejor si solo se le permitía formar palabras sencillas y cotidianas, desprovistas de toda idea personal, que podrían haber salido de los labios de cualquiera. De cuando en cuando se detenían como si alguien las llamase desde fuera; un marido, un hijo, un recuerdo. Meneaban la cabeza y perdían por un instante el control de la pared vencida. Después lo olvidaban todo y reemprendían el agotador trabajo de mantener las horas a distancia para que la tarde no se les echara encima a mediodía y las noches no se confundiesen en largas cadenas sin saber qué había sido de los días mientras tanto. Cada vez que llegaban al final del pasillo, levantaban la vista hacia el enorme reloj renqueante cuyas manecillas se olvidaban muy a menudo de avanzar. Entre las pacientes también deambulaban las veloces y delgadas enfermeras, enfundadas en la seguridad de su sexo y desinfectadas contra los contagios como el personal de una leprosería. Ocurrían ciertas cosas que a Lise se le iban metiendo bajo la piel con la callada regularidad de la costumbre. Una paciente salía de su ensimismamiento y se acercaba a tocarle el brazo como para cerciorarse de que era real y no podía atravesarla

como un arcoíris. Parece usted tan amable, le decía en tono apagado y distraído. ¿Tendría la bondad de indicarme dónde está la salida? Debo llevar a mi nieto al colegio. Lise le mostraba la puerta que conducía a una escalera donde nunca había estado y de la que no alcanzaba ni a imaginar los peldaños. Cuando intentaba abrirla, la mujer descubría que no se podía. Entonces, sin asomo de decepción, se dirigía a una enfermera y le pedía la llave con mucha amabilidad. Pero no puede irse a casa sin antes almorzar, decía la joven. No se preocupe, que en cuanto haya comido la dejaremos salir. A la paciente parecía tranquilizarla la respuesta, aunque la había oído cientos de veces, y todo era como un ritual cuyo sentido original ya nadie recordaba.

Lise había asumido su nueva y frágil realidad como una caja asume una tapa que solo encaja creciendo y con mucho esfuerzo. Así las cosas eran aceptables y solo quedaba esperar que nada cambiase. El doctor Jørgensen no había mentido. Las voces también estaban allí. Se habían acomodado en los radiadores que había al pie de las ventanas enrejadas, en la almohada nueva y en las tuberías del cuarto de baño, al que iba más de lo necesario. Solo quedaban la de Gitte y la de Gert, que guiaban sus pensamientos en la dirección correcta como se guían los pasos de un niño que no es capaz de avanzar solo por un terreno accidentado. Era tal la suavidad con que se dirigían a ella que la dulzura de haberse rendido la embriagaba. Pero aún tenía mucho que aprender. Les ocultaba cosas, por ejemplo que su falta de amor no era total, y que en los confines de su locura había un borde deshilachado y temblón de algo normal y bien conocido que de nuevo la pondría en peligro si alguien lo descubriera. Solo se le permitía querer a Gitte, y poco a poco ese amor iría extendiéndose hasta incluir a todo ser atormentado por la pobreza, la injusticia, la invalidez, la dictadura y el hostigamiento de quien tiene otra forma de pensar. Gitte jamás le hablaba de la escena final y decisiva que había tenido lugar al otro lado de la rejilla de las torturas, pero ella sabía que se repetiría si dejaba entrever su debilidad y sus dudas un solo instante. De quien más debía cuidarse era del doctor Jørgensen, y de los arrebatos de antigua confianza en él que le

daban a traición y mucho más a menudo de lo deseable. No siempre lograba que la creyera inofensiva. Bajo su mirada escrutadora se sentía transparente, y si el médico anunciaba que ya se estaba curando, era presa del pánico. Oigo voces, se defendía, y eso solo les pasa a los locos. Ya no seguía las recomendaciones de la señora Kristensen porque su meta ya no era volver a casa. Allí aguardaban las caras, y su mirada las heriría como ácido. Además, antes Gert y Hanne tenían que casarse, pues así lo requería ese mundo complicado y poco comprensivo en el que él se había instalado como en una foto vieja cuyo marco no se atrevía a abandonar. Pretendía ascender al nivel veintiocho de la escala salarial, y únicamente lo lograría si encajaba con los valores burgueses. Una mujer demente tenía un pase, pero entonces no habría más remedio que legalizar de alguna manera su relación con Hanne. Solo en el matrimonio podía aprobarse el amor a la juventud, ese amor que te elevaba por encima del viejo mundo y te arrastraba hasta tu última posibilidad de sobrevivir. Así Gitte podría disfrutar a título vitalicio la juventud abandonada por Lise, que todas las mañanas le serviría el café en la cama mientras cuchicheaban de hombres, de hijos y de amor, como en esa conversación que solo puede sostenerse con los muertos en los sueños felices.

Un día Gitte dijo por la cisterna del baño:

—¿Te casarías con un negro, llegado el caso?

—Sí —mintió ella, desconcertada.

—No es cierto —contestó Gitte con severidad—. Crees que huelen mal y que la tienen tan grande que te reventarían. También estás convencida de que todos los judíos son avaros.

—Nunca tuve tiempo para formarme una opinión propia sobre esas cosas —se defendió—. Mi misión era describir el mundo que veía, no tomar parte en él.

De pronto apareció en la puerta la señorita Anesen y se quedó observándola con su dulce sonrisa.

—¿Con quién habla? —preguntó.

—Con nadie —respondió sobresaltada mientras tiraba inútilmente de la cadena.

—Ya sabemos que oye voces —replicó la enfermera—. Sea valiente, dé la cara.

Asustada, se llevó la mano al rostro, doblado y arrugado como el de su madre porque no se había acordado de sujetarlo al correr por el futuro como por una cloaca en cuyo extremo la luz de una falsa ventana ilumina, seductora, la basura vieja y la huida de las ratas.

Entró y se acostó en la cama al lado de la mujer que siempre tenía la cabeza varios centímetros por encima de la almohada. Lo único vivo que había en aquel rostro gris y atemporal eran los ojos, presentes y observadores. Si trataban de darle de comer apretaba los labios con fuerza, y solo los separaba al oír las palabras dulces y aterciopeladas de antiguas nanas. Nunca contestaba cuando le hablaban. Junto a la cama de Lise había una mesa en cuya repisa habían dejado una jabonera, un peine y un cepillo de dientes, todos ellos propiedad del Estado y sin relación alguna con objetos similares de la casa que había abandonado como en un sueño de los que no dejan huella. El celador Petersen se acercó a ella con su mirada prestada sujeta a la cara como una carga ajena que le cohibía, lo que la obligaba a hacer como si nada una y otra vez para poder ayudarle, como cuando los niños desenvuelven un paquete cuyo contenido no les proporciona ninguna alegría porque los mayores han olvidado lo principal: la llave que acciona el ratón mecánico o la pila para la lámpara de la casa de muñecas.

—Tiene visita —anunció—. Es una chica joven, la está esperando en la salita.

Presa de una inquietud indefinida, se dirigió a esa sala desprovista de recuerdos donde las pacientes tomaban asiento frente a sus visitantes con caras pasadas y sin contorno sacadas del guardarropa, donde colgaban de perchas como esos vestidos que nunca sientan bien. Gitte estaba en un rincón enfrascada en una animada charla con una paciente con la cara sacada de contexto, como las frases que cogía de los libros de casa y se ponía como un traje que nadie creería que no estaba hecho a su medida.

—Buenos días, Gitte —la saludó mientras percibía asustada que la aversión de antaño retornaba a su conciencia como una idea

clara y erguida de ese mundo inquietante que había dejado atrás, como cuando se deja una cuestión insoluble, impracticable.

La cara de Gitte asomaba del vestido como una flor de un jarrón al que nadie se ha acordado de cambiar el agua. Estaba marchita y ajada, y la expresión soñadora de sus ojos se debía a un defecto anatómico, no a un carácter noble.

—¡Lise! —exclamó—. Cómo me alegro de volver a verte. No nos dejaban venir porque estabas mal. Siéntate, vamos a charlar un rato.

Lise se sentó y bajó la tela rígida hasta cubrirse las rodillas. Las medias le colgaban arrugadas, y las zapatillas, que chancleteaban, le hicieron pensar de pronto en esos zapatitos tan elegantes que Gert le compraba a Hanne. Echó de menos sus voces, que jamás habían penetrado en la salita. El corazón se le llenó de duda y de repente empezó a batir como los tambores de las cañerías del cuarto de baño. Tal vez fuera esa la auténtica Gitte y el rostro de la rejilla de las negociaciones no fuese más que una copia.

—¿Qué tal todo en casa? —preguntó sin interés.

—Bien. Pero todos te echamos mucho de menos. En especial Søren. Se hizo una herida en una mejilla por una explosión en clase de física, pero ya se está curando.

—Es el ácido —dijo espantada—, me prometiste que tendrías piedad de él.

—¿A qué te refieres?

Su mirada fría y curiosa se clavó en ella como un recuerdo doloroso imposible de borrar.

—A nada —respondió Lise—. Es que estoy loca.

—Sí —dijo Gitte satisfecha—. Y no deberías salir de aquí hasta que estés bien. Mira, te he traído cigarrillos y también me he acordado del carmín.

Sacó del bolso un paquete de Prince mientras Lise se hacía con el lápiz de labios y sostenía en la mano el estuche reluciente como si se tratase de un costoso regalo, el dulce adiós de un mundo que no volvería a pisar.

—¿No tienes un espejo? —preguntó.

Gitte sostuvo su espejito mientras ella se pasaba la barra roja por los labios pálidos y resecos.

—Gracias, ha sido un detalle por tu parte.

En su boca las palabras eran tan áridas y monótonas como las de las otras pacientes, que hablaban como muñecas a punto de quedarse sin pilas. Todos los visitantes se dirigían a ellas en voz muy alta, como si estuviesen sordas, hacían crujir bolsas de fruta y envoltorios de comida y les pasaban las manos por la cara aleteando, como para convencerse de que seguían con vida.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Gitte—. Gert se quedó deshecho. Y ya estaba mal de antes, con el suicidio de Grete. No sé qué habría sido de él sin Hanne. Es la persona más altruista del mundo y hace cuanto está en su mano para consolarlo.

—¿Por ejemplo? —preguntó Lise con aire distraído.

—Ah, muchas cosas. Esta noche van a ir a una exposición: «La novela en el espacio». Los escritores modernos no publican sus libros, los cuelgan en un local y los espectadores se introducen en ellos y actúan como un personaje más. Es muy interesante. Si quieres estar al día, acabarás escribiendo así tú también.

De repente, el silencio se deslizó hasta su interior como una realidad nueva que no podía no asumir. El zumbido en los oídos se desvaneció, al igual que el carácter transitorio y trémulo de paredes y muebles. La cara de Gitte era firme y tangible, la piel apenas se le tensaba un poco a la altura de los pómulos. La gente pobre se acostumbraba a esas cosas como a ir por ahí con ropa usada. Llevaba puesto el vestido desechado por Hanne, que se había adaptado a su figura delgada y solo le tiraba por el pecho. Se había desabrochado uno de los botones y se le notaba el pulso debajo de la clavícula. Lise balanceó el pie, nerviosa, y vio que las demás pacientes hacían lo mismo que ella. No veían la hora de que se fuesen las visitas para volver a lanzarse a deambular por el pasillo con cara atenta y ensimismada y la mano en la pared torcida. Ellas eran planas como recortables, mientras que Gitte y los demás extraños tenían un reverso que no les asustaba mostrar. Tenían piel, huesos, sangre y nervios bajo el pellejo, y despedían un olor a estaciones del año y recuerdos que llenaba las narices de

las locas de un miedo que no serían capaces de aguantar por mucho tiempo.

—He aprendido a quererte —dijo Lise con astucia— tanto como a mis hijos.

—Eso es mentira. No me soportas, pero tampoco te atreves a echarme, porque sé demasiado.

Gitte tenía la garganta relajada y los finos labios apretados sobre los dientes, pequeños y lechosos. Los descubrió con una sonrisa.

—Yo también te quiero —dijo—. En mi opinión, el odio generacional no existe. Mogens es presidente del consejo de estudiantes. Se reúnen todas las noches. Quieren echar del centro a un profesor. No entiende los nuevos tiempos.

—Yo sí —aseguró asustada—. La gente se va a la cama por amistad y el sexo y el parentesco son lo de menos. Lo entendí todo al volverme loca. ¿Te importa si voy al baño?

Necesitaba oír la voz de Gitte por la cisterna, ya no podía vivir sin ella. Gitte no sabía que le habían robado el eco a su voz. No sabía nada de las dudas deshilvanadas de Lise ni de la peligrosa e incipiente normalidad que sentía como un dolor en lo más hondo de los huesos.

—Gitte —llamó—, dime algo.

Pero todo lo que oyó fue el susurro lejano de la cisterna. En ese momento supo que las voces la habían abandonado porque no sentía cariño hacia la chica de la salita, aunque le había llevado cigarrillos y carmín. Había replegado la voz, que ahora, brillante y oronda, descansaba sobre su lengua enrollada como una serpiente pronta a atacar. Lise se sintió indefensa y desvalida, y comprendió con horror que la enfermedad estaba saliendo de su mente como un caracol que deja su casa, desnudo, tembloroso y desamparado. Añoraba el cuarto de baño como el hogar perdido de su infancia.

—*Lolita* —comentó Gitte mientras se ponía el abrigo—, menuda experiencia volver a leerla. Me veo a mí misma en ella. Tenía solo doce años cuando me sedujo el marido de la directora. Se corría cada vez que le lamía los párpados. Los tenía ásperos y salados como mejillones. La arpía de su mujer me odiaba, como a

Lolita la odia su madre. Por cierto, Hanne te manda recuerdos.

Miró de arriba abajo con un regocijo cruel la figura repentinamente avejentada de Lise, que se inclinaba hacia delante como si pretendiera asumir deprisa y corriendo los años por venir.

Gitte le tendió la mano y la dejó por un instante, fría y seca como una piedra, en la de Lise.

—Estoy deseando que vuelvas a casa —aseguró.

—Ya no tardaré mucho, pero mientras oiga voces no podrá ser.

Pero ya no oía voces. Y tendría que ocultárselo a todo el mundo hasta que Hanne y Gert se casaran. El silencio le llenó la boca como bilis mientras volvía a ocupar su sitio en la hilera de pacientes errantes. Cuando Petersen le puso la mano en el brazo, advirtió que el celador había recuperado sus propios ojos. Se habían encogido un poco como dos frutos secos y no acababan de encajar en sus órbitas, pero ya se acoplarían, eso seguro.

—Tiene que ir a la sala de exploración —anunció—. El doctor Jørgensen quiere hablar con usted.

14

Lise advirtió de inmediato lo mucho que él se había esmerado con la cara en su aseo matinal, como quien antes de una gran fiesta manda a la tintorería un frac que usa muy de cuando en cuando. Sin embargo, ahora que la tarde empezaba a declinar, la fatiga le salía por los poros como la barba a esos hombres de piel oscura que se afeitan dos veces al día, y tenía la mirada como el fuego mortecino tras los cristales de mica de una chimenea de pueblo. La arrebató la ternura como una fiebre teñida del mismo temor por su seguridad que la había invadido cuando la señorita Anesen arriesgó su vida por ayudarla.

—¿Le ha gustado ver a Gitte? —preguntó él.

—Sí —contestó—. Ahora que he aprendido a quererla, ya no me da miedo.

Notaba que las palabras le salían con cuentagotas y no acababan de ser las adecuadas. Tenían que encajar con la imagen que él tenía de ella, ese era el único modo de aplacar a las fuerzas del mal del mundo.

—No tiene usted ninguna obligación —replicó él, perplejo—. Seguro que hay mucha gente que le resulta más cercana que su empleada de hogar. ¿Se lo han pedido las voces?

—Sí —admitió ella—. Hay tan poco amor en el mundo que ante todo hemos de amar al que es ignorado por los demás. Al que cuesta amar, al que en el fondo nos repele porque nos impide vivir con comodidad. Al que sufre, al agraviado, al pobre de espíritu y al niño anónimo que cada mañana se ve obligado a ocupar un pupitre impregnado del hedor asfixiante que ha dejado el miedo de varias generaciones.

Mientras decía todo esto, sintió que algo se le fundía entre la garganta y el corazón, y de pronto vio el rostro del médico a través

de un velo de lágrimas.

—No tema —dijo bajando la voz—, jamás le delataré. A mí el dinero me importa muy poco, yo le reconciliaré con los demás. Lo veo todo como si ocurriera en otro planeta. Que se case Gert, si quiere, con su pequeña ninfa perversa, que le ha enseñado todo desde el principio. Con ella sabrá lo que es vivir en carne propia ese mundo nuevo con su amor al prójimo, incluido ese señor con mal aliento y un billete de tranvía sudado y arrugado.

—Me parece —dijo él con suavidad— que se está curando.

—¡No! —exclamó asustada.

Luego clavó la mirada en el radiador que había bajo la ventana, del que no salió en su auxilio voz alguna.

—No —repitió—. Sigo oyendo voces, y eso no le pasa a la gente sana. Y sigo sin saber nada de los quehaceres domésticos.

—Ni falta que le hace —insistió él—. Basta con que sepa de poesía. En mi opinión, escribe usted unos poemas maravillosos.

Luego añadió:

—Son de una banalidad desesperante, con todas esas confidencias sobre lo que siente que siente cuando siente.

Eso último lo había dicho sin abrir los labios ni mover la nuez.

—A veces —admitió Lise muy despacio y con esfuerzo— oigo cosas que usted en realidad no dice.

—Es bueno que se dé cuenta —aseguró él; se sujetaba la cara a la altura de las sienes con los índices, porque estaba tan cansada que ya no se sostenía por sí misma.

—¿Conoce usted el poema de Nordahl Grieg sobre el bombardeo de Londres?

—Creo que no —contestó fatigado—, pero me encantaría escucharlo.

Lise recitó dos estrofas con prisas y a trompicones. En algún lugar, al médico lo aguardaba una cena cocinada con ese amor personal que, como un veneno de efecto retardado, lo condenaba a la destrucción en ese mundo viejo e inútil al que pertenecía. Sentado a la mesa estaba el pequeño Hassan, con esas piernas torcidas suyas que un día le crecerían hasta el corazón, como una

planta de judías trepa por su rodrigón y de forma inesperada cede ante su propio peso.

Iglesias, columnas y grises casas isabelinas
donde las gentes despiden lo que ya solo son ruinas.
Las bombas han de caer en algún sitio.

Benditas las que vuelan un edificio gótico si con eso se salva un solo niño.
El arte no se compra con esclavitud, infamia y mal,
¿de qué sirve perder la libertad, pero salvar
Notre Dame?

El arte también tiene derecho a sangrar por
heridas lacerantes.
¡Y el mundo amará a Londres por perder sus
monumentos!

—Es muy bonito —dijo él—, pero no deja de ser un ideario ajeno a usted. Su destino es expresarse, igual que el de la gacela es ser devorada por el león.

La comparación pareció hacerle una gracia muda y la expresión poco fiable volvió a pasar por su rostro por un instante como una sombra fría.

—Escriba para mí —dijo—. Anote lo que le dicen las voces. Yo le conseguiré papel y bolígrafo. Y confíe en mí. Soy su amigo.

Le sostuvo la puerta y al salir ella perdió una de sus zapatillas estatales. Volvió a calzársela con timidez y se sumó a la hilera de pacientes que deambulaban con una mano en la pared torcida, que ahora sabía perfectamente que era un muro sólido apuntalado por albañiles blancos salpicados de pintura cuyas vidas transcurrían inadvertidas como gotas de lluvia al restallar en un canalón.

15

Escribió: «Cuando tenía ocho años, me regalaron una muñeca que abría y cerraba los ojos. Estaban los dos al pie de mi cama plegable, mi padre con el pantalón del pijama mal cerrado. Le asomaban por el hueco unos pelos negros y húmedos. Esa noche habían hecho tambalearse la cama y yo había oído a mi madre decir con una voz extraña y risueña: No seas tan bruto, que vas a despertar a Lise. Pensé con asco y con miedo que entonces era verdad lo que me decía una compañera: Tus padres también lo hacen. Poco antes habían matado a una niña en nuestra calle. La había estrangulado un cojo, un zapatero soltero que había escondido el cadáver dentro de un armario en casa de su madre, donde lo hallaron cuando la mujer salió del hospital. Mi madre me había advertido que no me fuese con ningún desconocido. Si un hombre me ofrecía helados o caramelos, debía ir a buscar a un policía. Era mi cumpleaños y esperaban que mostrase una alegría radiante y redonda como una pelota que sostener con las manos para que todos la viesen. Y cuando me encontré con el cuerpo desnudo y frío y las piernas y brazos curvos de la muñeca entre los míos, donde la habían dejado con desmaña, supe que había llegado a mi vida algo que ya tendría que guardarme para siempre. Sonreí a la luz eléctrica que se me metía entre los dientes como hebras de carne y subí y bajé tantas veces los brazos de la muñeca que le di de sí los hombros. Tenía que parecer que jugaba con ella. Veía a mis padres tan satisfechos que el hecho de que se dejaran embaucar tan fácilmente me chocó como una nueva soledad. Aquella horrible muñeca rosa me miraba con sus ojos muertos de cristal y me apresuré a tumbarla para que sus párpados los ocultaran. Más adelante descubrí que su cuerpo de cartón piedra se desintegraba si la lavaba y no tardé en acabar con ella. Algún día,

decidí, tendría un hijo de verdad sin padre. No me casaría jamás. Luego, tumbada en la hierba al lado de Gert, sentía ese pelo suyo que olía a cera fundida como un eco de la Nochebuena. Hanne tenía enroscadas las piernecillas doradas en las de él. Mordisqueaba un pirulí de rayas rojas y blancas con una expresión ausente llena de inocencia. Algo más allá, Mogens cogía flores. Gert deslizó la mano por los pelitos de las pantorrillas desnudas de Hanne y de pronto la niña me recordó a la espantosa muñeca de mi infancia. Hanne nunca había tenido una muñeca. Por su cumpleaños le regalábamos cuentos o cochecitos, y yo suponía que su alegría al ver los regalos era real. Solo hoy sé que jamás la he conocido».

Levantó la vista con brusquedad y dejó de escribir. El sonido de lo que parecía una lata rodando interrumpió el silencio de la habitación. En una de las mesas apareció una mujer alta y gruesa y extendió algo delante del señor Petersen, que parecía esforzarse por admirarlo. Luego la mujer volvió a recogerlo y se lo metió debajo del brazo mientras miraba a su alrededor con aire decidido. Entonces vio a Lise, sentada en la cama y con los pies apoyados en la repisa de la mesita.

—¡Pero si es Lise Mundus! —exclamó.

Corrió hacia ella y le tendió una mano fofa y blanda.

—Quién me iba a decir que la encontraría aquí —prosiguió—. Ya vi lo que dijo de las minifaldas, uy, cuánta razón tenía. Pero, por lo que veo, la foto debía de tener sus años. Está usted más delgada y tiene la cara más arrugada, pero la he reconocido de inmediato. Leí su libro, *El pervertido*, y encontré el final bastante sorprendente. Yo también se la tengo jurada a los policías. Ellos me ingresaron. Siempre ellos. ¿Y qué he hecho yo? Repartir pasas a los niños pobres por Nørrebrogade. Como si eso fuese a molestar a alguien.

Una carcajada se propagó por sus mejillas colgantes como si acabase de caer encima de ellas.

—Hace años que quería conocerla —aseguró—. Yo también soy artista. Pinto flores y es mi sexta vez aquí. Se come de maravilla.

Lo decía como quien habla de un balneario al que honra con sus visitas todos los años. Se había sentado en la mesa después de dejar el papel y el bolígrafo encima de la cama. A Lise el corazón le bombeaba como en una pesadilla.

—Se está confundiendo —dijo—. Yo me apellido Albrechtsen y soy un ama de casa normal y corriente.

—¿De verdad? —gritó la otra—. Pues son como dos gotas de agua. ¿Quiere ver mi cuadro?

Lo desenrolló en la cama, era horripilante.

—Muy bonito —dijo Lise en tono apagado—, pero me gustaría quedarme a solas un rato. Estaba escribiendo una carta.

—A ella también tendrás que aprender a quererla algún día —dijo Gitte desde la almohada; la alegría de volver a oír su voz hizo que Lise olvidara el sobresalto.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —le preguntó—. Temía que me hubieras abandonado.

—Soy los últimos coletazos de tu enfermedad —explicó— y no es seguro que vuelvas a oírme. Tú misma sabes que estás curada. Pronto volverás a casa, a hacer pan blanco. Gert y Hanne se han casado y les encanta tomar el café en la cama.

—Pero yo quiero volver a escribir libros —dijo Lise a media voz—, con un nombre diferente. El doctor Jørgensen dice que no hace falta que sea ama de mi casa.

Sin embargo, nadie contestó. Buscó con furia el micrófono en la funda de la almohada, pero alguien lo había retirado.

En ese instante llegó a su cama la procesión de la ronda médica. Un doctor joven con gesto importante se detuvo a su lado y hojeó su historial azul. Junto a él estaba la señorita Brandt, la enfermera jefe, que ya no fingía ser otra persona. En otro punto de la sala se oía la voz enlatada de la paciente nueva, aprisionada entre unas paredes que ya no soportarían la presión mucho más tiempo.

—¿Cómo sigue? —preguntó el médico sin mirarla—. ¿Aún tiene alucinaciones?

—Sí —contestó Lise, y luego añadió con sinceridad—: Pero no tantas como antes.

La cara del médico era como la consumación de un embarazo largo y armonioso. Aliviada, comprendió que no era una de las que tendría que ponerse.

—Veo que vuelve a escribir —comentó él, afable—. Creo que pronto podrá volver a su casa. O al menos salir al pabellón abierto.

—No —replicó ella asustada—, no quiero.

Allí estaba la mujer que conocía la historia de la frase robada.

—¿No? —preguntó el médico, perplejo—. Si allí podrá hablar mejor con las demás pacientes. Las de aquí dentro están muy enfermas. Pero ya lo comentaré con el médico jefe.

Continuó hacia la siguiente cama, donde la mujer, con la cabeza levantada, le echó un vistazo sin el menor interés.

—Bueno —dijo el médico dirigiéndose a la enfermera Brandt —, aquí no hay cambios. Pero ya no tardaremos mucho en recibir noticias de Sankt Hans y podremos trasladarla.

Lo decía como si ella no estuviera presente, igual que los vecinos del sótano de su casa cuando hablaban sin recato de cuándo les haría la madre el favor de morirse y dejar que cobraran el seguro de vida.

Lise volvió a sentarse a escribir ocultando el papel debajo del brazo por miedo a que la horrible pintora la descubriese. El grupo de pacientes que deambulaban en silencio se había dispersado como una formación de pájaros cortada en dos por un avión. Se les empezaban a caer las caras y, con manos temerosas, se las palpaban en un intento de evitar que ese elemento desconocido que había bajo su piel se hiciese patente, como una enfermedad secreta oculta detrás de la otra que todo el mundo veía. Escribió:

«No hay camino hacia el amor. El amor se atraviesa en el camino y cuando desaparece deja el camino destruido».

La frase no era suya. Era de Colette, y llevaba muchos años sin acordarse de ella. Un poema de Yeats ascendió a la superficie de su mente como un pez en un lago en calma. Mientras lo anotaba, la conmovió, igual que la había consolado tras divorciarse de Asger.

Down by the salley gardens my love and I did meet;
She passed the salley gardens with little snow-
white feet.
She bid me take love easy,as the leaves grow on
the tree;
But I, being young and foolish, with her would
not agree.

In a field by the river my love and I did stand,
and on my leaning shoulder she laid her snow-
white hand.
She bid me take life easy, as the grass grows on
the weirs;
But I was young and foolish, and now am full of
tears.

Contempló las palabras como quien mira un mensaje secreto escrito en la pared del corazón. En tiempos pasaba días y días en la Biblioteca Real porque en su casa no había paz. Había intentado traducirlo, pero no tardó en descubrir que podría haber dedicado a ello toda una vida y nunca sería lo bastante bueno.

Llegó la enfermera Brandt.

—Su marido está al teléfono —anunció—. Normalmente los pacientes no pueden utilizarlo, pero asegura que es importante.

Siguió a la enfermera chancleteando con las zapatillas; el dulce dolor del poema la embriagaba aún como un vino amargo y poderoso.

—Buenos días, Lise —saludó Gert—, escucha. He hablado con el doctor Jørgensen y dice que ya puedes volver a casa. —Luego, bajando el tono, añadió con timidez—: Te echo mucho de menos, todos te echamos de menos.

—¿Gitte también? —preguntó ella.

—La he puesto de patitas en la calle —anunció—. Le dio LSD a Mogens y él destrozó las ventanas de su habitación. Ya hemos tenido suficiente.

—¡Pero ahora se vengará! —exclamó ella horrorizada—,

puede ir a contarle todo a la policía, ¿no se te había ocurrido?

Al imaginar su cara astuta de cascanueces, sintió que el amor y el odio se abrían camino por su interior a través de un tropel compacto de caras coronado por el enano de la infancia, que ascendía entre ellas como un globo hasta perderse en el infinito del cielo.

—¿Y qué demonios se supone que va a contarle a la policía? —preguntó él—. En casa no hemos cometido ningún crimen.

—Pero la voy a echar de menos —exclamó Lise sin saber si hablaba en serio—. Ella me ha hecho descubrir un mundo nuevo.

Gert dejó escapar su risa crujiente de antaño.

—El viejo tampoco estaba tan mal —dijo—. Mañana voy a buscarte.

—Cuando esté en casa —dijo ella con lentitud— quiero preguntarte algo, y quiero la verdad. El doctor Jørgensen dijo el otro día —o tal vez diez años antes, no lo sabía— que detesta a los pacientes que evitan enfrentarse a la realidad.

—No estoy de acuerdo con él —replicó Gert—, pero responderé a tu pregunta con total sinceridad, sea lo que sea.

—Gracias —dijo ella—. ¿Cómo está Søren?

Imaginó su carita de anciano tal y como la había visto por última vez al otro lado de la rejilla de las torturas, el rostro de un niño indio famélico.

—Bien —contestó Gert—, pero él también te echa de menos. En vez de contarle cuentos, Gitte le llenaba la cabeza con una educación sexual de lo más confusa. Echa de menos la vida que llevábamos antes de que comenzara este despropósito. Pero ya hablaremos de todo cuando vengas a casa. Pienso comprar una botella de whisky para celebrarlo.

—Gracias —dijo ella—. No veo la hora de que vengas a buscarme.

Y, de regreso a la cama, se ajustó el cinturón del vestido rojo de cuadros, que le quedaba holgado. Se sentía como si hubiese recibido una transfusión de sangre de un donante anónimo. La vida normal, con todas sus cargas y sus alegrías, le corría por las venas con suavidad, y cuando la pintora la detuvo en el pasillo, le dijo

alto y claro:

—Tenía usted razón. Me llamo Lise Mundus. Y mañana vuelvo a casa a escribir un libro nuevo.

16

La luz artificial había tomado la delantera a las estrellas. Dorada y cálida, fluía por debajo de los párpados y a través de los poros de la piel hasta adentrarse en la sangre, donde arrastraba sus redes por la memoria y rozaba suavemente recuerdos medio olvidados. Al cruzar la plaza del Ayuntamiento, el rostro de Gert se iluminaba y volvía a apagarse con el resplandor de los anuncios luminosos, los mismos de siempre.

—A los diecisiete años —dijo Lise mientras enlazaba su brazo con el de él—, estuve delante del edificio del BT esperando a un chico que nunca llegó. De regreso a casa, veía mi futuro tan frío y tan gris como las casas de Vesterbrogade.

—Es una edad delicada —aseguró él con dulzura—. Hanne está cocinando, creo que algo especial. Quiere celebrar tu vuelta. Se la ve aliviada, ahora que no está Gitte. No le caía bien y, por alguna razón, creo que le tenía un poco de miedo.

Lise se apartó para dejar paso a un ciego que tanteaba el bordillo con el bastón. Su cara sensible y atenta a los ruidos tenía una expresión ausente y ensimismada y no sería preciso usarla. A esa hora azul y fugaz del día, todas las caras pasaban a través de ella con gran soltura, como se cruza a través de un rayo de sol, y algunas llevaban otras consigo, como distraídas, haciéndola sentir tan transparente y liviana como los pasos presurosos que engullía la calle.

—¿Tú no la echas de menos? —preguntó; y de pronto vio la carita vengativa y solitaria tras la rejilla de las negociaciones.

—Hace años que solo te echo de menos a ti —confesó él apesadumbrado, estrechándole el brazo con más fuerza—. Me he comportado como un imbécil.

—¿Por qué no vamos a tomar una copa antes de volver a

casa? —propuso ella de repente. Le inspiraba un miedo extraño la idea de pisar de nuevo esas habitaciones, como entrar en una infancia que nunca había sido suya.

—Claro —accedió él—. Podemos ir a La Perla.

Era una tasca mugrienta a la que antes solían ir al final de la jornada, tras acostar a los niños. La mesa desnuda estaba llena de cercos de vasos de cerveza, y al fondo unos albañiles en ropa de faena jugaban al billar.

—Dos whiskys con soda dobles —le pidió a la indolente camarera, que había renunciado de mala gana a la compañía de los albañiles.

No parecía recordarlos. Tenía un ojo enrojecido y la piel gris y porosa como una bayeta. Las persianas estaban bajadas y la lámpara de la mesa, encendida. Había una grieta en la pantalla de pergamino, como si algún borracho la hubiese rajado con un cuchillo. Lise sintió cómo el whisky se mezclaba con la sangre por sus venas y observó el radiador que había bajo la ventana; sus tubos emitían un murmullo débil como el gorjeo de un pájaro en una rama.

—¿En qué mes estamos? —quiso saber.

—Mediados de marzo —contestó Gert—, has pasado tres semanas en el hospital. Oye, dime una cosa. ¿Por qué te tomaste esas pastillas?

—Porque Gitte las dejó a la vista —respondió ella—, por más que tú le habías pedido que las guardase.

—¡Jamás de los jamases! —exclamó él—. No hablamos de ellas en ningún momento.

—Entonces me mintió —constató Lise—. Me dijo que te daba miedo que hiciese lo mismo que Grete.

—Con ella cometí un error —admitió Gert mientras alzaba su vaso hacia la luz con aire distraído—: inspirarle sentimientos que yo no correspondía. Y, por cierto: ¿qué verdad es esa que quieres que te cuente?

—Ahora no —replicó ella—, aquí no. Luego.

Aunque una leve ebriedad le hacía ver su rostro algo velado, observó que Gert tenía las pupilas más dilatadas que antes, como

los niños que pestañean cegados por la luz cuando se los arranca de un mal sueño.

—A veces —dijo con lentitud— le hacemos algo a otra persona y luego ya no somos los mismos. Lo hacemos para salvarnos. Y eso que antes nos parecía lo más importante del mundo carece ya de importancia.

—Es cierto —reconoció él antes de apurar su whisky—. Pero en tu caso no es válido. Tú nunca has sido una gran pecadora.

Por un momento la enfureció la imagen inocua que tenía de ella, pese a que coincidía con la que deseaba ofrecer de cara al mundo. Pero si le revelaba su frialdad y su egoísmo contándole lo ocurrido en la rejilla de las torturas del cuarto de baño, para él carecería de la realidad que tendría para ella por toda la eternidad.

Alguien echó una moneda en la gramola y una voz nasal de mujer cantó:

Él llegó un verano,
y el sol brilló.
Dulces promesas
me susurró...

El resto quedó ahogado en el bullicio de los albañiles y su billar, pero aquella melodía banal y almibarada despertó un recuerdo. Era uno de los discos que siempre escuchaban Mogens y Gitte. El que ella había quitado la tarde que fue Nadja.

—¿Cómo lleva Mogens la marcha de Gitte? —preguntó.

—Está algo alicaído. Creo que cometió la torpeza de enamoriscarse de ella. Es muy fácil calentarle la cabeza a un chavalín como él con todo ese evangelio distorsionado de amor al prójimo. Se lo tragó de pe a pa, aunque ella, la verdad, era incapaz de querer ni a un gato.

Puso una mano en la de ella con torpeza y su calor le recorrió todo el cuerpo.

—Te quiero —dijo sin más—. ¿Podrás perdonar que te fallara?

—Yo también te fallé a ti —dijo Lise—. Solo me interesaban mis estúpidos libros.

—No son estúpidos —aseguró él con vehemencia—. Uno de tus cuentos está en el libro de clase de Hanne, y un poema.

—Nunca he escrito lo bastante bien —confesó—. Solo me atrevía a escribir para niños.

—Puede que sea más difícil que escribir para adultos.

Ella contempló su cara, los surcos verticales de las mejillas y la piel tensa, traslúcida. Sus labios melancólicos la conmovieron como la yema de un dedo en el corazón.

El amor flotaba entre ellos con la fragilidad de un pedazo de gasa extendido. Sabía que no duraría. El odio, el rencor, la indiferencia y el egoísmo regresarían como viejos amigos fieles a los que nada convence de que no son bienvenidos. Tan pronto como volviera a absorberla la escritura, el demonio de los celos se apoderaría de él y lo llevaría a sentirse excluido de su mundo, reducido como los círculos de tiza que trazaba de niña a sus pies en el patio del colegio: la que pise la raya ya no juega. Y si ahora cedía y de nuevo empezaba a amarlo, la venganza de Gert la heriría en pleno corazón, ahora al descubierto. Aun así, al sentir la caricia de sus ojos oscuros no pudo evitar un estremecimiento de la felicidad de antaño.

—Vamos a casa —dijo—. Es una pena hacerles esperar con la cena lista.

—Sí —dijo él. Luego llamó a la camarera y, mientras pagaba, Lise oyó una especie de risa lejana y jocosa en las tuberías del radiador. Pero podían ser imaginaciones suyas, ahora ya estaba curada.

La noche era fría y ventosa, y Gert le pasó un brazo por los hombros en el breve trecho hasta llegar a casa.

—Por cierto, Hanne se ha echado un amigo —anunció—, uno del instituto. Lo he saludado un par de veces, es un chico muy majo.

Creyó advertir en su tono que se esforzaba por aparentar indiferencia y oyó la voz de Hanne tal y como había sonado al salir por el micrófono de su almohada.

—Ya va siendo hora de que pueda vivir su propia vida —dijo.

Estaba echada con la cara contra el hombro anguloso de Gert, que despedía un aroma intenso, como la hierba recién cortada. Él le pasó un dedo por el labio superior con suavidad.

—Empezaremos desde el principio —propuso—. Olvidaremos todo lo malo que ha ocurrido entre nosotros.

Habían pasado una noche estupenda con los niños, cuyas caras volvían a estar en su sitio, como los cuadros de las paredes. Søren aún conservaba en la mejilla la marca de la explosión en clase de física. Ya siempre estaría ahí, y el recuerdo de la botella de ácido quedaría en su interior junto con las caras y las voces del cuarto de baño.

—He pasado una crisis —admitió—. Me he dado cuenta de que no se puede ignorar a la gente que sufre en este mundo.

—Vaya —exclamó él sonriente—, a ti también te llenó la cabeza Gitte. Pues ¿sabes lo que te digo? Que hace falta más coraje para ocuparse del callo de tu vecino que de los negros del Congo. Estoy pensando en Albert Schweitzer. Seguro que en Estrasburgo había gente a montones pasándolo mal, pero ayudarlos a ellos no le habría dado la fama internacional.

—¿Y la guerra de Vietnam? —preguntó ella insegura—. ¿Todos esos niños alcanzados por las bombas?

—Ocúpate primero de los tuyos —contestó Gert con gesto grave—. De un tiempo a esta parte, y esto no es un reproche, los has descuidado bastante.

—Me gustaría mucho escribir un libro para adultos —dijo ella con seriedad.

—Hazlo —la invitó él—, estoy seguro de que eres capaz.

De repente, la pared se inclinó un poco y Lise la sostuvo con la mano. Le pareció oír la voz infantil de Hanne llena de rencor:

—Odiaba tus asquerosos capítulos.

—Si te pregunto una cosa, ¿me contestarás?

—Sí.

Gert le pasó los dedos por los largos cabellos y por un instante

le hizo sentir que le envejecía la cara a gran velocidad hasta quedar tan seca y tan encogida como la de Søren tras la rejilla de las torturas.

—¿Has tenido alguna vez una relación con Hanne? —preguntó llena de miedo—. Solo quiero la verdad.

Sin apartar los dedos, él contestó con calma, casi con indiferencia.

—La verdad, Lise, es tan molesta como los padrastros. ¿Sabes de alguien a quien le haya sido de provecho?

—No.

De pronto la verdad era algo irrelevante y secundario. Largas frases cruzaron por su mente abierta. Al día siguiente, empezaría a escribir y a ocuparse de sus hijos. Por eso era imprescindible que aprendiese a hacer pan blanco. Del mundo, que se ocupara quien tuviese ganas.

Gert apagó la luz y ella se acurrucó más cerca de él con un suspiro satisfecho.

—¿Dónde habrá acabado Gitte? —preguntó adormilada.

—En un kibutz, supongo —contestó él—, siempre hablaba de eso.

—Sí —dijo Lise, que creía saberlo solo por la rejilla de las negociaciones.

Hasta donde recordaba, Gitte nunca había mencionado el tema antes del episodio del hospital. Pero ¿qué era real en este mundo y qué no? ¿No era una especie de enfermedad que la gente pudiese ir por ahí sin perder su propio yo? Todo ese caos de voces, caras y recuerdos que solo se atrevían a soltar con cuentagotas y que no estaban seguros de recuperar de nuevo.

—Mañana —dijo— empiezo a escribir.

Pero él ya se había quedado dormido.

Notas

1. Versos de un poema de Paul Verlaine (1844-1896), en traducción de Frédéric Sinclair, aunque la que Ditlevsen utiliza es una versión muy libre en danés de Johannes Jørgensen. *(Todas las notas al pie son de la traductora.)*

1. Traducción de Carmen Montes en *La princesa de hielo,* de Camilla Läckberg, Maeva, 2007.

1. Versos de un poema del danés Ludvig Bødtcher (1793-1874).

2. Traducción de Francisco J. Uriz en *Poesía nórdica*, Ediciones de la Torre, 1995.

Las caras
Tove Ditlevsen

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Ansigterne*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Ateljé Uggla

© Tove Ditlevsen & Hasselbach, Copenhage 1968. Publicado de acuerdo con Gyldendal Group Agency

© de la traducción, Blanca Ortiz Ostalé, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Este libro se ha publicado con la colaboración de Danish Arts Foundation

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2023

ISBN: 978-84-322-4174-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!